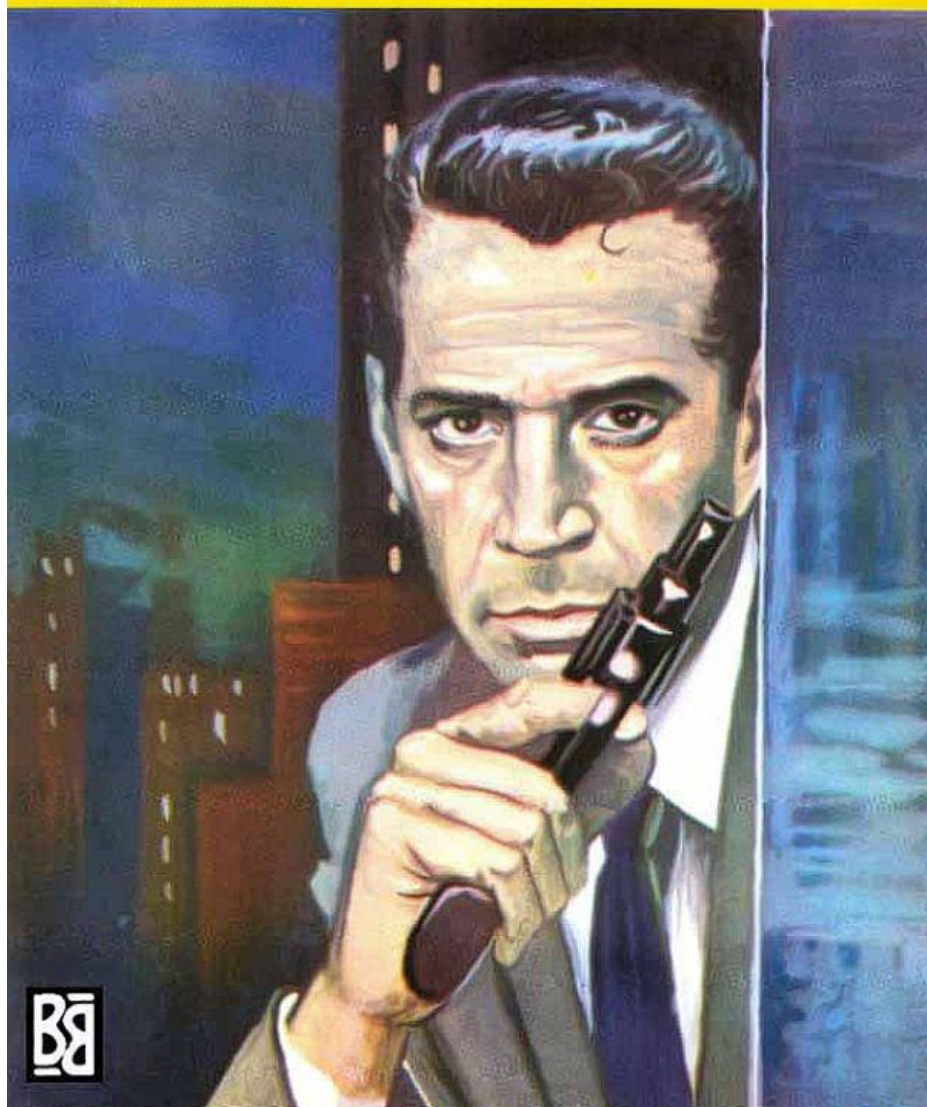


PUNTO
ROJO

la piedra en la charca

clark carrados



B&B

LA PIEDRA EN LA CHARCA

BLICK
YARL

ZINA HAWSEY





CLARK CARRADOS

LA PIEDRA EN LA CHARCA

PUNTO ROJO n.º 210
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MÉXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 11.052-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1966

© CLARK CARRADOS - 1966
sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 1.319/66

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

954 — En el cubil de la fiera.

En Colección SERVICIO SECRETO:

811 — Lista mortífera.

En Colección BUFALO:

646 — Balas traicioneras.

En Colección CALIFORNIA:

486 — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

407 — Pierna rota.

En Colección KANSAS:

410 — Aliados con el diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

271 — El polvorín.

En Colección PUNTO ROJO:

203 — Ojos de fuego.

En Colección SALVAJE TEXAS:

491 — La mala fama.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

187 — La tumba está servida.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

104 — Sentencia cumplida.

En Colección ASES DEL OESTE:

353 — Plata y pólvora.

CAPÍTULO PRIMERO

La primera noticia que Buck Yarl tuvo de haberse metido en un lío de los gordos fue cuando el *sheriff* de Grover le apuntó con el revólver y le ordenó levantar las manos.

—No entiendo —dijo Yarl, un muchacho de unos veintisiete años, pelo castaño, ojos marrones y un metro setenta de estatura—. No he cometido ningún delito, estoy de paso en Grover y...

Buck había detenido su coche a la entrada de la ciudad, con objeto de repostar gasolina. Mientras le llenaban el depósito, se acercó a la cafetería de la gasolinera para tomarse un refresco.

Entonces, cuando ya terminaba, fue el momento elegido por Mort Timman, *sheriff* del condado de Grover, para proceder a su arresto.

—Eso ya se lo dirá al juez y al jurado —gruñó Timman, sin dejar de apuntarle con el revólver—. Vuélvase de espaldas y apoye ambas manos en el borde del mostrador.

Buck parpadeó. Aquel policía de pueblo estaba bromeando y así se lo dijo.

Sus palabras provocaron la cólera de Timman quien, sin darle tiempo a nada, le golpeó con la culata del revólver en un lado de la cabeza. Buck se desplomó al suelo, fulminado.

Timman levantó sus duros ojos hacia Mickey, el *barman*.

—Tú eres testigo —dijo—. Al intentar detenerle, se resistió al arresto.

Mickey tragó saliva. Le convenía estar a bien con el *sheriff* y, más todavía, con el que daba órdenes al *sheriff*.

Buck Yarl permanecía inconsciente en el suelo. Un hilillo de sangre brotaba de su sien izquierda.

Timman enfundó el revólver.

—Ayúdame, Mickey.

El *barman* salió de detrás del mostrador. Entre los dos hombres sacaron al exterior el cuerpo inconsciente del muchacho.

Dude, el encargado de la gasolinera, se acercó al grupo, secándose las manos con un paño.

—¿Qué diablos pasa, Mort? —preguntó.

—Este tipo intentó atacarme cuando le anuncié que iba a detenerlo —gruñó el *sheriff*—. Tuve que golpearlo.

—¡Vaya! —resopló Dude—. ¿Y de qué diablos se le acusa, si puede saberse?

—Asesinato y ultraje al pudor —contestó Timman escuetamente—. Vamos, Mickey, te estás durmiendo.

Entre los dos metieron al inconsciente Buck en la parte trasera del único coche policial de Grover. Timman cerró secamente la portezuela y se volvió hacia el encargado de gasolinera.

—¿Tiene coche este pájaro? —preguntó.

—Sí. Se había detenido a repostar...

—Está bien. Llévelo al garaje de Hansome y que lo guarden allí hasta que el juez disponga.

Timman abrió la portezuela delantera y se dispuso a sentarse en el asiento del conductor. Dude protestó:

—¡Ey, Mort! Y la gasolina que he cargado en el coche de este sujeto, ¿quién diablos me la pagará?

—Pásate luego por mi oficina —decretó el impasible *sheriff*—. Llevará dinero en su cartera, pero no voy a entretenerme en registrarle aquí, claro.

—Señor Dude —dijo Mickey—, incluya en la cuenta la limonada que se tomó ese tipo.

—Sí...

La sirena aulló en el momento de ponerse el coche en marcha. Dude meneó la cabeza.

—Para cien metros, ese idiota de Timman tiene que enterar a toda la población de que ha efectuado un arresto —comentó sarcásticamente.

—Si no lo hiciese, nadie se enteraría de que se está ganando el sueldo —rió Mickey. De pronto se puso serio—. Señor Dude, ¿ha oído usted la acusación?

—Sí —contestó el encargado de la gasolinera, muy serio—. Y ese pobre chico está metido en un buen jaleo.

—¿Quién habrá sido ella?

—No lo sé, no tengo la menor idea... pero me parece una idea tremendamente estúpida haber cometido un delito semejante y detenerse en Grover a repostar, pudiéndolo haberlo hecho en Simmons City, a doce kilómetros de aquí. Tenía gasolina suficiente para ello.

Mickey se encogió de hombros.

—¡Hum! —gruñó—. De todas formas, no me gustaría hallarme en su pellejo.

* * *

Buck Yarl despertó con un insoportable dolor de cabeza, que casi le arrancó un aullido de dolor. Abrió los ojos y divisó a poca distancia un

deteriorado lavabo, con su grifo y una toalla no muy limpia al lado.

Hallábase sobre un maloliente camastro, en cuyo detalle no reparó por el momento, aturdido aún por el golpe recibido. Hizo un esfuerzo, se puso en pie y se acercó al lavabo.

El agua estaba tibia, pero, pese a todo, despejó no poco las brumas que cubrían su mente. Al cabo de unos minutos, Buck se sintió bastante mejor y miró en torno suyo.

Recordó. El *sheriff*, aquel sujeto gordo y malcarado, con barba de tres días y manchas de sudor en los sobacos, le había intimado a levantar las manos. Luego, de repente, sin motivos, le había golpeado en la cabeza.

Era todo lo que sabía, a excepción de que se hallaba encerrado en la calurosa celda de una prisión de pueblo. Acercóse a la reja de la puerta y llamó:

—¡Eh! ¿Quién hay por ahí?

Una voz soñolienta le contestó:

—¿No puede dejarme seguir con la siesta? ¡Siga durmiendo, hermano!

—¡Y un cuerno! —contestó el joven—. ¡Haga el favor de venir, maldita sea!

Buck oyó unos pasos perezosos por el corredor de celdas. Instantes después vio a un hombre vestido de caqui, con una estrella de metal sobre el pecho.

—Quiero salir de aquí —dijo—. Se me ha arrestado sin motivo y exijo mi libertad inmediata.

Buck se dio cuenta de que aquel hombre no era el *sheriff* de Grover. Tratábase de un sujeto alto, mucho más que él, delgado, de rostro caballuno y ojos acuosos. Un revólver calibre 38 pendía de su cintura y en la mano tenía una larga porra de fresno.

Se imaginó que debía ser algún ayudante del *sheriff*.

—De modo que exige su libertad, ¿eh? —rezongó Hank Moldaw—. Bueno.

Miró a derecha e izquierda y luego sacó una llave de su bolsillo, que introdujo en la cerradura.

Buck se pasó una mano por el revuelto cabello. La puerta de la celda se abrió al fin.

Dio un paso. Entonces, Moldaw levantó la porra.

Buck intuyó el golpe y pudo pararlo parcialmente con el brazo. El impacto le arrancó un aullido de dolor.

—¡Maldito! —babeó Moldaw—. Hacer eso a la chica mejor, más guapa y más buena de Grover...

Y continuó golpeándole implacablemente, sin hacer caso de los gritos de dolor del prisionero, hasta que lo vio tendido en el suelo, sin aliento y semiinconsciente.

—Así aprenderás —dijo malignamente, al cerrar la puerta de la celda

—. Con cien vidas que tuvieras no pagarías la canallada que has cometido.

Despreocupándose del prisionero, que gemía dolorosamente en el suelo, salió a la oficina, se sentó en el sillón, puso los pies sobre la mesa, cruzó las manos y continuó su siesta como si tal cosa.

Una mosca se paseó por su nariz de proboscidio. Moldaw la dejó que se divirtiese, por no mover las manos para espantarla.

Media hora después, llegó el *sheriff*.

—¿Y el prisionero? —preguntó.

Moldaw quitó los pies de la mesa.

—En la celda, claro —contestó con su arrastrado acento.

—¿Ha despertado?

—Sí. Y me insultó como no quiera oír usted, señor Timman. Tuve que... Bueno, había que darle una lección, ¿no? Total, solo fue media docena de garrotazos y...

—Hank —dijo Timman severamente—, no vuelvas a extralimitarte.

—Sí, *sheriff* —contestó el ayudante con fingida sumisión.

Timman se acercó a la mesa, abrió un cajón y sacó una caja de cigarros. Mientras elegía uno, Moldaw le contemplaba ansiosamente.

Timman sacó por fin un cigarro y se lo puso en la boca, sin ofrecer a su subordinado. Moldaw ocultó la decepción que sentía.

Tenía ganas de fumarse uno de aquellos costosos cigarros de a cinco dólares la unidad. Él no podía costeárselos con su sueldo.

Ni el *sheriff* tampoco. Pero Moldaw sabía de dónde procedía la caja de cigarros.

—¿Ha visto a Edder? —preguntó al fin, cuando vio que la caja de habanos volvía a su sitio.

Timman contestó con un gruñido de asentimiento. Estaba muy ocupado en lograr un perfecto encendido del cigarro.

—¿Y...?

—Ya lo sabrás, Hank —contestó Timman al cabo.

La puerta de la oficina se abrió de pronto y entró una chica.

—Hola, *sheriff* —saludó Zina Hawsey—. ¿Puedo ver al prisionero?

—No —contestó Timman rotundamente.

CAPÍTULO II

Zina Hawsey no se inmutó por la descortés negativa del representante de la ley.

Era una muchacha de veinticuatro años, menuda, de pelo rojizo, ojos verdes y formas compactas, pero esbelta. Vestía un traje de hilo de color crema y llevaba en la mano un bolso de regular tamaño. Su estatura parecía mayor gracias a los altísimos tacones.

Zina abrió el bolso y extrajo una carterita de cuero, que desdobló y puso bajo los duros ojos de Timman.

—¿Sabe qué es esto, *sheriff*? —preguntó—. Un carnet de Prensa, por si necesita que se lo recuerden.

—Su carnet me importa un rábano. No puede ver al prisionero, señorita Hawsey.

Zina no se inmutó. Dio media vuelta, se acercó a la puerta y apoyó la mano en el pomo.

—Dentro de diez minutos —manifestó tranquilamente— habrá una hoja pegada en el pizarrón de anuncios del “Grover Courier”. Todo el mundo se enterará de que nuestro *sheriff* ha efectuado el arresto de un sospechoso del asesinato de Lisa Celdron, que niega información a la Prensa, que ha tenido que golpearlo para reducirle a la obediencia, que no ha llamado siquiera a un médico para atenderlo después y que tampoco le ha concedido, el beneficio de la ayuda legal de un abogado. Eso es todo, señor Timman.

El *sheriff* magulló una fea palabrota.

—¡Grosero! —le apostrofó ella.

—Está bien —rezongó Timman de mal talante—. Entre y véalo, pero mi ayudante habrá de estar presente en la entrevista.

—Claro —respondió la chica con sarcasmo—. Y, ¿no ha llamado tampoco a Balt Edder? A éste le interesaría mucho ver al prisionero también, ¿no es así?

El sudoroso rostro de Timman se congestionó.

—¡Señorita Hawsey! ¡Si cree que yo...!

—Lo que yo creo de usted es impublicable —contestó ella con desenvoltura—. Abre, Hank.

Pasó por delante del *sheriff* y entró en el pasillo de celdas. Al llegar a la que ocupaba el prisionero, lanzó un grito de espanto.

—¿Qué le han hecho a usted? —exclamó.

Buck Yarl estaba sentado en el camastro, con todo un lado de la cara tumefacto. Levantó la cabeza y miró a la muchacha con expresión apagada.

—Ese salvaje que tiene al lado me golpeó —dijo.

Zina se volvió hacia el ayudante.

—¿No le da vergüenza golpear a un hombre indefenso y que es más débil que usted? ¿Para qué sirve esa estrella que lleva, Hank?

—El me insultó, intentó atacarme... —se defendió Moldaw débilmente...

—¿Desde el interior de su celda? —exclamó Zina sarcásticamente—. Vamos, Hank no me haga comulgar con ruedas de molino. ¿Cuánto le ha pagado Edder para que apalee al prisionero?

—Edder no...

Zina le volvió la espalda, sin querer escuchar las protestas del ayudante.

Se encaró con el prisionero.

—Me llamo Zina Hawsey y soy periodista. Del “Grover Courier” —se presentó. Con simpática sonrisa añadió—: Es un periódico modesto, pero activo.

Buck se puso en pie. El cuerpo le dolía por todas partes.

—No sé de qué se me acusa —manifestó—. Me detuve en Grover para repostar, el *sheriff* me arrestó y cuando le dije que bromeaba, me atacó a culatazos. Esto es cuanto puedo decirle, salvo mi nombre, señorita Hawsey. Soy Buck Yarl, de Phoenix, Arizona.

Los grandes ojos de la muchacha le contemplaron con interés.

—¿Cómo? ¿No le han formulado aún la acusación?

—No, ya se lo he dicho. En todo caso, cualquiera que sea el delito, soy inocente. Yo no estaba aquí en el momento de cometerse. Pasaba de largo y... ¡Maldición! ¿Por qué se me habrá ocurrido detenerme en este inmundo poblacho?

—Este inmundo poblacho es la ciudad donde vivo —advirtió Zina severamente—. Pero eso no hace al caso ahora. ¿Le ha visto el médico?

—No, ¿qué me va a ver?

—¿Y no le han dejado pedir un abogado?

—Me desperté hace poco —contestó Buck—. Llamé, apareció ese gandul con estrella, le dije que me pusiera en libertad, abrió la puerta y empezó a aporrearne. Eso es todo, lo juro.

Zina captó el acento de sinceridad que latía en las palabras del

prisionero y empezó a imaginarse lo que sucedía.

No en balde estaba al corriente de los menores acontecimientos de Grover.

—Yo le enviaré a un abogado cuando salga de aquí —dijo con simpatía—. Y me parece que lo va a necesitar, señor Yarl.

—¿Por qué? Yo no he cometido ningún delito. Soy inocente y...

Buck se dio cuenta de la expresión del rostro de Zina y se alarmó.

—¿Qué es lo que ocurre? —gritó, aferrándose a los barrotes de la reja—. ¡Hable, pronto, dígame lo que sea!

—Una muchacha ha sido muerta y ultrajada... El asesino debió matarla después de su repugnante acción, a fin de que ella no pudiese hablar.

—¿Y me acusan a mí?

Zina movió lentamente la cabeza.

Buck se quedó aterrado. Grover era una población pequeña.

Conocía las ciudades del género de Grover. Todos sus habitantes se detestaban y, aun se odiaban entre sí, pero cerraban filas ferozmente frente al forastero.

Alguien había cometido el crimen, pero él sería culpado. Nadie le echaría una mano. ¡Era tan cómodo deshacerse de un forastero desconocido!

—¡Pero yo no he sido! —chilló.

—La entrevista ha terminado —intervino Moldaw—. Señorita Hawsey, haga el favor de salir.

—Espera un momento todavía, Hank —pidió ella—. Señor Yarl, ¿tiene usted medios de demostrar que no ha sido el asesino de Lisa Celdron?

—¿A qué hora se cometió el crimen?

—Esta noche, entra las doce y las cinco de la madrugada. ¿Dónde pernoctó usted?

Buck apretó los labios.

—Estuve viajando toda la noche —manifestó—. Mi primera, parada fue Grover, pero el cuenta kilómetros del coche demostrará...

Zina meneó la cabeza.

—El asunto se presenta feo para usted, señor Yarl —dijo con notoria franqueza—. Personalmente, la creo inocente, pero solo soy una periodista.

Buck, trató de dominar el pánico que sentía.

—Alguien quiere cargarme el crimen, ¿verdad?

—Sí.

—El mató a Lisa Celdron, después de haberla forzado —gruñó Moldaw.

—¿Lo vio usted? —preguntó Zina, revolviéndose vivamente hacia el ayudante.

Moldaw enrojeció.

—No, pero...

—Pero Timman le ha dicho que así fue y a Timman se lo ha ordenado

que lo diga Balt Edder. ¿Cambien le ordena cuándo debe hurgarse las narices?

Moldaw enrojeció.

—Señorita Hawsey, usted me está insultando —se quejó.

—Vaya a bañarse —dijo ella ácidamente—. Apesta a cuadra. —Se volvió hacia el prisionero—. Señor Yarl, ahora mismo le enviaré un abogado. Es bueno, competente e independiente.

—Lo que necesito es que me saquen aquí en el acto. Yo no he cometido ese crimen. Quieren achacármelo, que no es lo mismo.

—Eso me imagino yo, pero, a poco que pueda, no se saldrán con la suya —afirmó Zina.

—¿Quién es Edder? —preguntó Buck.

—El dueño de Grover y de sus habitantes, excepto de dos: Zina Hawsey y Sam Brad, su abogado. Hasta la vista, señor Yarl.

Zina salió taconeando con paso rápido. Abrumado, Buck se sentó en el camastro y hundió la cabeza entre las manos.

Su situación era crítica. El tal Edder debía ser un cacique que dominaba a la población, a sus habitantes y a las autoridades.

Ignoraba por qué había muerto Lisa Celdron, pero de una cosa estaba seguro: tratarían de declararle culpable y hacerle cargar con un crimen que no había cometido.

Además el delito tenía una vertiente que lo hacía aún más repulsivo: Lisa había muerto, después de que el asesino hubo abusado de ella.

Las gentes de Grover se indignarían en parte y en parte harían lo que dijera el cacique. Tal vez corría el peligro de ser linchado.

En ese caso, se dijo, ni Timman ni Moldaw harían demasiados esfuerzos por contener a los linchadores. Le colgarían de un árbol, después de haberle sometido a mil torturas.

Pero todavía tenía un recurso.

Poniéndose en pie, se acercó a la reja y lanzó un fuerte grito:

—¡Eh! ¡sheriff!

Unos pasos pesados sonaron a poco en el corredor. Esta vez, fue el propio Timman quien apareció ante los ojos del joven.

—¿Qué quiere, asesino? —gruñó.

Buck le miró fijamente.

—Usted no puede prejuizgarme, aun suponiendo que lo fuese de veras —contestó—. En primer lugar, deseo que me proporcione papel y lápiz. Quiero enviar un telegrama, ya que, según imagino, me dejará utilizar su teléfono.

—Claro —admitió Timman plácidamente—. ¿A quién va a enviar el telegrama?

—Tráigame papel y lápiz y lo sabrá. Ustedes me quitaron todos mis objetos personales, salvo la ropa.

Timman sacó una libreta usada y un lápiz.

—Dícteme el telegrama —pidió—. Pagaré su importe del dinero que tenía en la cartera. El resto será para los gastos del juicio.

—Está bien —accedió el prisionero—. El telegrama está dirigido a John F. Lynsey, de Casa Chica, Edwards, California. El texto es: “Apuro grave. Ven a sacarme. Buck Yarl”. Eso es todo, *sheriff*.

Timman escribió el mensaje.

—¿Quién es Lynsey? —preguntó.

—Mi socio —contestó Buck—. Tenemos juntos un negocio de fabricación de aparatos electrónicos. Yo soy el viajante y él dirige la fabricación.

—Bueno, ahora enviaré el telegrama.

—¡Y mándeme pronto al abogado! —gritó Buck, cuando el *sheriff* se alejaba por el pasillo.

Timman no se dignó contestar.

CAPÍTULO III

A las tres de la tarde de aquel día, un automóvil se detuvo frente al edificio del “Grover Courier”.

El único ocupante del vehículo se apeó y, con dos fáciles zancadas, se acercó a la fachada del edificio. Era un hombre joven, apuesto, de unos treinta y dos años, pelo negro y ojos perspicaces. Vestía con cierta afectada elegancia un traje de hilo de color crema, en el que ponían una nota de color la corbata rojo oscuro y el pañuelo de pecho haciendo juego.

Seth Pyne se acercó al pizarrón de anuncios del periódico, en torno al cual había unos cuantos curiosos deletreando el cartel impreso con aparatosos tipos de imprenta, rojos y negros.

Era un avance de las noticias que iba a publicar el periódico.

¡HORRIBLE ASESINATO!
¡LISA CELDRON HALLADA MUERTA!
PRIMER INFORME FORENSE INDICA
HUBO PREVIO ULTRAJE AL PUDOR.
LISA MURIO ESTRANGULADA
POR SADICO INDIVIDUO.
DETENCION DE UN SOSPECHOSO.

Y debajo, en letras más pequeñas:

«Nuestro celoso *sheriff* detuvo en la mañana de hoy a un sujeto llamado Buck Yarl, a quien acusó de la muerte de Lisa Celdron.

»El detenido manifiesta ser inocente y se queja de malos tratos recibidos. Se espera que Sam Brad se haga cargo de su defensa.

»El *sheriff* Timman ha actuado rápidamente.

Ello demuestra de modo sobrado su interés en hacer cumplir la Ley, pero, ¿no se habrá equivocado al detener a Yarl?»

Los ociosos hacían diversos comentarios, ninguno de ellos favorables al detenido. Pyne escuchó unos momentos y luego abrió la puerta de la oficina del periódico.

Un teletipo crepitaba en el fondo de la estancia. Zina alzó los ojos de la cinta que salía del teletipo y miró al recién llegado.

—Hola, señor Pyne —saludó secamente.

Pyne cerró la puerta a sus espaldas. Tenía otra frente a sí, al fondo de la cual se divisaba la pequeña sala de máquinas del periódico. Un hombre de edad sacaba los tipos de las cajas y los colocaba uno a uno en la platina.

—He leído el avance de noticias —dijo Pyne.

—Sí —contestó Zina brevemente.

—Parece que no deja a Timman en buen lugar.

—Los perros falderos son siempre perros falderos. Saltan apenas su amo chasquea los dedos.

—Timman no es perro faldero de nadie —declaró el recién llegado con acento tajante.

Zina sonrió.

—Eso no se lo cree ni usted mismo, aunque esté narcotizado. Usted también menea la cola cuando el todopoderoso Edder chasquea los dedos.

—Ese hombre asesinó a Lisa. Timman es un buen *sheriff*. No iba a cometer un desliz en un caso tan grave.

La joven soltó una sarcástica risita.

—Un magnífico *sheriff*. Llega un desconocido a la ciudad, se detiene a repostar gasolina y Timman le anuncia que está arrestado. Como el desconocido le dice que bromea, Timman le derriba a culatazos, bajo el pretexto de resistirse al arresto. Y luego, para completar la faena, el hediondo haragán de Moldaw le propina una descomunal paliza. También le quiso atacar, solo que ahora a través de la reja de su celda. ¿Lo ha dispuesto todo así Edder?

—Deje al señor Edder fuera de la cuestión —gruñó Pyne—. Y usted, cuide mucho lo que dice o se verá en un serio compromiso.

—¿Me amenaza, Pyne?

—Tómelo como guste, Zina. Pero ya sabe cuál es su posición. No la olvide.

Los ojos de la muchacha se inflamaron de cólera.

—Mi posición es servir a la verdad, esté donde esté —declaró ella sin amilanarse por el tono hostil del visitante—. Y sé lo que buscaba Edder en Lisa Celdron y sé también lo que ella pensaba de él. Así que no me extraña que esa pobre chica haya terminado como ha terminado.

Pyne avanzó hacia ella.

—¿Está insinuando que fue Edder quien la atacó y luego la asesinó?

—Yo no hago nunca insinuaciones, sino afirmaciones. Cuando sepa

algo, lo publicaré en el “Courier”, le guste o no a su amo, Pyne. Da la casualidad de que soy una de las pocas personas en Grover que no le debe a Edder un solo centavo y que el periódico y la casa son absolutamente míos. Si eso no le satisface, salga a la calle y muerda el asfalto. Así se quedará más tranquilo.

Pyne se acercó a la muchacha y la miró fijamente durante un segundo. De repente, la agarró por el brazo izquierdo y levantó la mano derecha, cerrándola de tal modo que pudiera verse fácilmente el anillo con un gran diamante que llevaba en ella.

—Es usted muy bonita, Zina —dijo cortantemente—, pero esa belleza puede ser averiada con facilidad. ¿Le gustaría que le diese un par de golpecitos en la mejilla con este pedazo de vidrio?

Zina contempló el diamante durante un segundo. La piedra preciosa era enorme y refulgía cegadoramente.

—A los tipos como usted —respondió con toda calma— se les llama rufianes, cuando no algo peor. Pero hay también un modo de quitárselos de encima.

Pyne sonrió cínicamente. La cúspide del diamante se apoyó en la tersa mejilla de la muchacha.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Cómo hará para largarme de aquí?

Zina no contestó de momento. Hacía tiempo que tenía ambas manos a la espalda.

Detrás de ella había unos cuantos frascos con tinta de imprenta. Hacía ya algunos momentos que estaba destapando uno de ellos.

De pronto, se desasíó de las manos de Pyne y, retrocediendo un paso, le vertió todo el contenido del frasco en la cabeza. Era tinta roja, espesa, casi como jarabe.

Pyne lanzó un grito de rabia al verse manchado de pies a cabeza, Zina estalló en una argentina carcajada.

Pyne trató de limpiarse, con lo cual solo consiguió extender aún más las manchas de tinta. Su impecable traje quedó hecho una lástima.

—Maldita —jadeó.

Y fue a lanzarse sobre ella, pero, en aquel momento, el viejo impresor apareció en la puerta con una gran gruesa barra de hierro en las manos.

—¡Pyne! ¡Si toca a Zina le rajaré el cráneo!

El rufián se detuvo en seco. Miró al impresor.

Tod Calhoun le había detestado siempre. Sabía que era capaz de hacer lo que acababa de anunciar.

El viejo era otro espíritu independiente. Pyne lo sabía.

—Está bien. Me iré, pero, ¡cuidado con lo que dicen! —advirtió hostilmente.

—La verdad —afirmó ella rotundamente—. Por dura y perjudicial que resulte para quien... sea.

Pyne se dirigió a la puerta. Desde allí se volvió hacia la muchacha.
—Este periódico no durará mucho —anunció sombríamente.
Y se fue, dando un portazo.
Calhoun suspiró.
—Temo que vamos a pasarlas moradas, muchacha —dijo.
—Peor lo pasará Edder —contestó ella—. No me extrañaría en absoluto que fuese él quien mató a Lisa Celeron.
—¿Lo crees así, Zina?
Ella movió la cabeza afirmativamente.
—No ha podido ser otro —aseguró.

* * *

El abogado se levantó.
—Confieso que lo tiene usted muy mal, señor Yarl, pero acabaré sacándolo en libertad. Confíe en mí, se lo ruego.
Buck miró al letrado.
—Al parecer, Grover está dominada por un solo hombre —comentó.
—Algunos no nos dejamos dominar —dijo Sam Brad—. Ahora iré a ver al juez Wilson y le pediré un mandamiento de *habeas corpus*.
—¿Lo concederá? Se trata de un caso de asesinato.
—No hay pruebas contra usted. Wilson me dará el mandamiento, aunque habré de luchar duramente.
—¿También es hechura de Edder?
—Sí, desgraciadamente.
—Ese tipo se ha metido a la población en un bolsillo, ¿eh?
Brad sonrió.
—Algunos estamos fuera de su bolsillo —dijo—. ¡Hank!
El ayudante del *sheriff* compareció inmediatamente y abrió la puerta de la celda.
—Hank, el prisionero va a presentar una demanda contra ti por malos tratos. Apenas me la admita el juez, yo pediré tu destitución al Consejo municipal —anunció sin más preámbulos.
Moldaw palideció.
—No podrá demostrar...
—El doctor Sandery vendrá enseguida a reconocer al prisionero. Mickey, el *barman* de la gasolinera, y Dude, el encargado, declararán que allí solo recibió un golpe de mano de Timman. Este golpe puede admitirse como justificado, pero lo que no se admitirá de ningún modo es la paliza que le has propinado después de estar encerrado en su celda.
Dejando a Moldaw con la boca abierta, el abogado continuó su camino. Timman estaba en su oficina.

—¿Terminó ya, abogado? —preguntó.

—Sí. Voy a pedir un mandamiento de *habeas corpus* para poner en libertad al prisionero.

—El juez Wilson no lo concederá —repuso Timman.

—¿Ha recibido ya órdenes de Edder en ese sentido?

—Sin comentarios, abogado. Salga.

—El doctor Sandery vendrá ahora. Confío en que no le ponga trabas para reconocer médicamente al prisionero.

—Yarl cayó del camastro. A cualquiera puede pasarle una cosa semejante, abogado.

—Mort, ¿conoce usted el significado de la palabra vergüenza?

Timman le miró con expresión indescifrable.

—Conozco el significado de la frase “una patada en el trasero”. ¿Se lo explico gráficamente?

—Hágalo —le desafió Brad.

—Jefe, deje que me encargue yo de este maldito picapleitos... —terció Moldaw de pronto.

—No —prohibió Timman—. Se le puede permitir un ligero desahogo. Sabe que tiene el caso perdido.

—De antemano —dijo Brad cáusticamente.

—Un violador y asesino está condenado siempre, abogado.

—Siempre que se le demuestre que cometió esos delitos. ¿Podrá probarlo?

—Asista al juicio y lo verá.

—No habrá juicio, Timman.

Brad salió de la oficina, dirigiéndose rectamente a la casa del doctor Sandery.

—Hank —dijo con toda parsimonia.

—Diga, jefe.

—¿Está todo preparado?

—Todo, jefe.

Timman consultó su reloj.

—Son las ocho y media. Lo haremos a las doce y media.

—Sí, jefe.

Timman se puso las manos sobre el vientre y sostuvo el cigarro con los dientes. Moldaw aspiró envidiosamente el humo.

No lo pudo resistir.

—Jefe —suplicó.

—¿Sí, Hank? —contestó Timman.

—¿No... no podría darme uno de esos cigarros tan buenos que... que le regaló el señor Edder?

Timman no cambió de postura.

—Me los regaló a mí, Hank, exclusivamente a mí —respondió.

Moldaw miró a su jefe con, odio.

CAPÍTULO IV

Cuando el abogado estaba muy cerca de la casa del doctor Sandery, se encontró con Zina Hawsey.

—Hola, muchacha —saludó—. ¿Qué te trae por aquí?

—Voy a ver al doctor; quizá me facilite algún nuevo detalle para la información de mañana —respondió ella.

La casa del doctor Sandery era de madera, pintada de blanco, y con un cuidado jardincillo en torno a la misma. En la parte posterior, el médico tenía su sala de autopsias, para las personas que morían violentamente.

Grover era una población pequeña y el Consejo municipal había hecho un acuerdo con el médico en tal sentido. La construcción de la sala de autopsias había corrido a cargo de los fondos municipales.

Brad y Zina dieron la vuelta a la casa. La sala de autopsias estaba iluminada.

Llamaron a la puerta. El doctor Sandery abrió, secándose las manos con la toalla.

—Hola, Zina —saludó—. ¿Qué tal, abogado?

—Hola, doctor —contestó la chica—. ¿Terminó ya?

—Sí, Ahora redactaré el informe definitivo.

—¿Hubo...? —preguntó ella, sin atreverse a completar la frase.

—Está comprobado. No hay dudas ninguna.

—¡Salvaje! —exclamó.

Había una mesa en el centro de la estancia. Sobre ella y, cubierta con una sábana se veía un bulto de forma inconfundible.

Brad se acercó a la mesa y levantó una punta de la sábana.

En vida, Lisa Celdron había sido una muchacha de indescriptible belleza. Ahora, su rostro se hallaba deformado por la horrible agonía padecida.

Sobre la blanca piel de su garganta se veían unas manchas violáceas. Eran las huellas de las manos del asesino.

Zina procuró no mirarlas. Nunca había simpatizado con Lisa Celdron, pero ahora la compadecía profundamente.

El abogado se fijó en un detalle.

—Tiene la cara arañada, doc —dijo—. Incluso parece que haya brotado sangre de unos de esos arañazos.

—Así es —admitió el galeno—. Seguramente se los hizo el asesino en el forcejeo.

Brad dejó caer la sábana y se volvió.

—Doc, tiene que ir a la cárcel y reconocer al prisionero. Le han apaleado bestialmente...

—Se lo tiene bien merecido —contestó Sandery con salvaje acento de odio.

—¡Esa no es la forma en que debe hablar un médico! —gritó Zina.

—¡Pero sí un hombre y yo lo soy antes que nada! —contestó Sandery abruptamente.

—De modo —dijo Brad tranquilamente— que usted opina que el asesino debe morir.

—Sí. Un crimen tan repugnante...

—Es extraño —comentó Brad—. Yo creí que los módicos habían hecho juramento de salvar vidas, no de quitarlas.

—Yo no he dicho que vaya a matar al prisionero —protestó Sandery.

—Pero lo está pensando. En fin, eso es lo de menos ahora, doc. Supongo que a usted le interesará que el asesino sea castigado.

—Desde luego. Reconoceré al prisionero y...

—Y le examinará las uñas con todo cuidado. Si de veras fue él, aún conservará en ellas rastros microscópicos de piel y sangre de la interfecta. Sí no lo es, tendrá las uñas limpias, ¿no es cierto?

—En efecto, a menos que se las haya lavado cuidadosamente.

—¿En la cárcel y solo con agua y una toalla? Vamos, doctor, usted sabe perfectamente que se necesitaría mucho jabón y una hora de restregarse las uñas con un cepillo de cerdas duras para quitar todo rastro comprometedor.

—Eso es cierto —admitió Sandery—. Aunque se haya lavado las manos de una manera corriente, aún quedarán rastros de piel y sangre en ellas. Le cortaré las uñas y las examinaré microscópicamente.

Sandery inspiró con fuerza.

—Deseo que se castigue al asesino, pero si el prisionero no lo es, lo declararé ante quien sea —afirmó con rotundo acento.

Brad le palmeó las espaldas.

—Así me guste oírle hablar, doc —dijo—. Pero, ¿será capaz de sostener lo que ha dicho ante el tribunal?

—¡Pues claro que sí! ¡Es mi obligación...!

—Tiene la casa hipotecada. La hipoteca está en manos de Edder.

Sandery palideció.

—Él no me obligará a declarar nada en contra de la verdad —farfulló.

—Confiemos en que así sea, doc —dijo el abogado—. Pero me parece que se va a ver en un serio compromiso. O declarar en falso o verse en la calle. Usted verá qué es lo que más le conviene. Vámonos Zina.

Salieron, dejando al médico sin habla.

Una vez en la calle, Brad meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Sandery es bueno, pero Edder lo presionará.

—¿Es que no hay modo alguno de librar a Grover de la inhumana presión de ese individuo? —exclamó ella con voz crispada.

—El único medio que existe es uno que ni tú ni yo podemos utilizar —declaró el abogado—. Bueno, me voy a ver al juez Wilson.

—Ese es otro que tal —rezongó la joven.

—Tendré que recordarle el juramento que prestó de defender la justicia por encima de todas las arbitrariedades. Hasta luego.

—Adiós, señor Brad.

El abogado caminó a lo largo de la calle principal sumamente preocupado por el cariz que estaba tomando el asunto.

Pasó por delante de la cárcel en su viaje hacia casa del juez. Las distancias en Grover eran relativamente pequeñas y a Brad le gustaba caminar. Era el único ejercicio que hacía.

Vio unos cuantos grupos de curiosos frente a la cárcel. Ello le disgustó.

Temía un linchamiento. Nada convendría más a Edder.

El caso quedaría así cerrado. Después de linchado el prisionero, nadie se atrevería a reabrir el caso.

Debía darse prisa, so dijo. No confiaba en Timman ni en su ayudante para que contuvieran a la multitud, si ésta decidía pasar a la acción. Incluso no le extrañaría en absoluto que ellos mismos colaborasen de buena gana con los linchadores.

La tensión reinaba en el ambiente.

Grover era una población aparentemente pacífica, pero bajo cuya capa de tranquilidad hervían las pasiones.

El asesinato de Lisa Celdron podía hacer saltar la tapadera que encubría los sentimientos latentes bajo la misma. Y el abogado sabía que sería una explosión salvaje, incontenible, arrolladora.

Dio la vuelta a la próxima esquina. La casa del juez se hallaba cari en las afueras.

Wilson se la debía a Edder. A Wilson le había gustado desde que su dueño, Bill Potter, un hombre de gusto, se la construyó con sus manos, piedra a piedra y viga a viga.

Paro Potter se entrampó con el Banco, aunque no por culpa de la casa. Y el Banco de Grover pertenecía a Edder.

El resto era fácil de imaginar. Potter fue desalojado de su casa, la cual pasó a las pecadoras manos del juez. Solo en usufructo, porque Edder era lo suficientemente listo para tener así sujeto a Wilson.

En el momento en que hiciese algo que no le conviniera, Wilson iría de patitas a la calle. Por dicha razón, el juez era otro de los perros falderos de Edder.

Así pensaba el abogado cuando, de repente, al pasar junto a un oscuro callejón, unas manos le agarraron del brazo y tiraron de él con fuerza.

—¡Eh! ¿Qué...?

Alguien le empujó. Brad trastabilló y manoteó para recobrar el equilibrio, pero la puntera de un zapato se le clavó agudamente en un costado y rodó por tierra.

Un gemido de dolor se escapó de sus labios.

Alguien le insultó:

—¡Hijo de perra! ¡Defender a un violador y asesino de mujeres!

Brad intentó levantarse. Una rodilla le golpeó en las narices.

Eran dos los hombres, fuertes y robustos. Brad los reconoció enseguida.

Los rufianes empezaron a golpearle con los puños y los pies. El abogado no podía compararse físicamente con ellos.

Momentos después, perdía el conocimiento.

Se oyó una voz:

—Espero que esto le sirva de lección. Vámonos, Mark.

—Sí, Hal —contestó el otro.

La pareja se perdió en las tinieblas... Brad quedó en el suelo, completamente inconsciente.

* * *

Buck Yarl empezó a abrigar ciertas esperanzas.

El médico le había recortado cuidadosamente las uñas.

—Si atacó a Lisa Celdron, encontraré en ellas rastros de sangre y de piel suyas —había dicho.

Como Yarl no había sido, ello le hacía ver el porvenir con notorio optimismo, pese a los amenazadores murmullos que le llegaban de cuando en cuando a través de la ventana abierta de su celda.

Además, el médico, al examinarlo, se había fijado en otro detalle.

Las huellas que aparecían en la garganta de Lisa Celdron indicaban que el asesino usaba un anillo. El prisionero no tenía ninguno.

—Nunca he usado joyas —había respondido Buck a la pregunta correspondiente.

El médico había examinado sus dedos. No había en ellos el rastro que hubiese dejado inconfundiblemente un anillo que, de modo reglamentario, el *sheriff* habría recogido al ingresar a su prisionero en la cárcel.

Ahora solo faltaba que el juez Wilson concediese el mandamiento de

habeas corpus. Sam Brad, el abogado, parecía persona decente.

Y lo mismo aquella chica tan encantadora, Zina Hawsey. Era pequeña, pero se la veía muy bien formada.

Buck tenía ganas de fumar. Sin embargo, le habían despojado de todos sus objetos personales, salvo algunos que ni Timman ni Moldaw habían sabido encontrar.

Con ellos habría podido intentar la fuga y conseguirlo, sobre todo, a altas horas de la madrugada, cuando todo el mundo durmiese, pero no le interesaba hacerlo. Quería llegar al fondo del asunto.

Levantándose penosamente, caminó hasta la reja.

—¡Eh, *sheriff*! —llamó.

Moldaw apareció a poco.

—¿Qué quieres? —preguntó desabridamente.

—Cigarrillos y fósforos. Tengo derecho a fumar.

—Un asesino de mujeres solo tiene derecho a una soga —le insultó el ayudante—. Y eso es lo que tendrás, descuida.

Buck le miró fijamente.

—Cuando salga de aquí —dijo— le retorceré como si fuese una sábana mojada y luego le meteré los pies en la boca.

Moldaw se echó a reír.

—Aguarda un momento —contestó—. Eso que me has dicho, lo vas a pagar.

Sacó la llave de la celda y se dispuso a abrirla. En aquel momento, Timman apareció en la entrada del corredor.

—¡Hank! ¿Qué diablos vas a hacer?

—Este cerdo me insultó...

—Déjale en paz —ordenó el *sheriff*.

—Solo le pedí cigarrillos y fósforos —gritó el prisionero—. Tengo derecho a ello. Usted me quitó el tabaco y...

—Ve a buscarlo, Hank —dijo Timman.

Moldaw remoloneó un poco.

—Afortunadamente, no vas a durar mucho tiempo aquí —masculló entre dientes, aunque no tan bajo que Buck no pudiera oírle.

El joven se preocupó. ¿Qué diablos tramaban aquellos rufianes que decían representar a la ley?

Sam Brad debería haber llegado ya con alguna noticia, favorable o desfavorable. ¿Por qué se retrasaba tanto?

Moldaw le trajo los cigarrillos y una tira de fósforo.

—Lástima que el humo no sea como el gas que fabrican en San Quintín —dijo ofensivamente.

Buck le sacó la lengua. Moldaw le dirigió un obsceno insulto, que provocó en el joven un acceso de ira.

Pero no podía hacer nada, sino esperar. Y la espera resultaba cada vez

más larga, más deprimente...

CAPÍTULO V

Buck se había dormido profundamente, pese a las preocupaciones que sentía, cuando, de pronto, oyó el ruido de la llave en la puerta de su celda.

Abrió los ojos. Timman y su ayudante estaban frente a él, ambos con rostros sombríos y herméticos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vamos a sacarle de aquí —respondió el *sheriff*—. Esta cárcel no es segura.

Buck se puso en pie de un salto.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿A dónde me llevan?

—La gente hablaba anoche de lincharle. Conseguí disolver los grupos, pero no estoy seguro de que vuelvan a la carga. Y en Grover solo somos dos para custodiarle, por lo que resulta obvio que no podríamos defenderle.

—No tendrían ganas de defenderme —dijo Buck hirientemente.

—Eso es algo que no vamos a discutir —contestó Timman con sorprendente mansedumbre—. Adónde va a ir estará mucho más seguro.

—Y... ¿dónde está ese sitio tan seguro?

—Es el “E. Ranch”. El señor Edder es un hombre muy amante de la paz y no quiere que haya disturbios. Se ha brindado voluntariamente a tenerle como huésped mientras se calman los ánimos.

—¿Y mi abogado? —preguntó el joven a gritos—. Quiero ver al señor Brad. Exijo que él esté presente cuando me saquen de aquí...

Timman desenfundó el revólver.

—Hank va a ponerle las esposas —advirtió—. Si mueve una pestaña, le pegaré cuatro tiros.

Buck miró al *sheriff* y vio que no bromeaba. Moldaw terminó de abrir la puerta y avanzó hacia el prisionero con las esposas en las manos.

—Alargue los brazos —ordenó.

Rechinando los dientes de ira, Buck obedeció. Los aros de metal se cerraron en torno a sus muñecas con secos chasquidos.

Entonces, sin previo aviso, Moldaw levantó el puño derecho y golpeó al

joven en la sien.

Buck se desplomó en el acto. Moldaw se dispuso a patearle las costillas.

—Basta, Hank —prohibió el *sheriff*—. Ya está bien.

Moldaw se echó a un lado.

—¡Debería morir! ¡Matar a una chica tan buena como Lisa Celdron! —dijo.

—Sí —contestó el *sheriff* escuetamente. Y luego añadió—: Despiértalo.

Moldaw arrojó a la cara del joven una jarra de agua. Buck se estremeció unos momentos y acabó por sentarse en el suelo.

—Un día me pagarás esto que me estás haciendo —dijo.

Moldaw no contestó. Sonreía perversamente.

Timman ordenó:

—Levántese, Yarl.

El joven obedeció penosamente. Se acercó al lavabo y, a pesar de tener las manos enlazadas, asió la toalla y se enjugó un poco la cara.

—Salga ya —dijo Timman—. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

Buck miró a los dos hombres. Se imaginó lo que iba a suceder.

No llegaría al “E. Ranch”. A mitad de camino le pegarían dos tiros en un paraje desierto. Luego le quitarían las esposas y alegrarían que había intentado fugarse.

De este modo, un asesino quedaba protegido y la víctima, aparentemente, quedaba vengada.

Inspiró profundamente y avanzó unos pasos. Los dos hombres le flanquearon apenas cruzó el umbral de la celda.

Salieron del corredor a la oficina. Moldaw se acercó a la puerta exterior, la abrió y miró, a derecha e izquierda.

—El paso está libre, jefe —anunció.

—Vamos —dijo Timman.

Tenía el cañón de su revólver apoyado en la espalda del prisionero. Presionó hacia adelante, empujando a Buck.

El joven eligió precisamente aquel momento para actuar. Moldaw estaba en la puerta y tenía su revólver enfundado. No podría sacarlo con rapidez.

Volviéndose bruscamente, levantó el cañón del arma hacia arriba con veloz movimiento. Luego alzó el pie y lo proyectó hacia el blando vientre del *sheriff*, con todas sus fuerzas.

Timman retrocedió unos pasos con inenarrable violencia, hasta chocar contra la pared más próxima. Cayó al suelo y quedó urdido unos instantes.

Buck no lo vio siquiera. Ya se volvía hacia Moldaw.

Una luz de alarma apareció en el rostro del ayudante. Tal como Buck había calculado, en lugar de saltar hacia él, con lo que hubiera conseguido mejores resultados, perdió un tiempo precioso en intentar sacar el revólver, metido en una funda alta e incómoda.

La cabeza de Buck chocó contra el pecho de Moldaw que cayó de espaldas en el umbral de la puerta.

Lanzó un grito de rabia. Buck pasó por encima de él, aunque no desaprovechó la ocasión y le clavó el tacón en la prominente nariz.

Buck no era un sádico, pero en esta ocasión sintió una cierta satisfacción al oír debajo de sus pies el crujido de unos cartílagos. Moldaw dejó escapar un alarido de dolor.

El joven se lanzó fuera del edificio y torció a la izquierda. Con las manos atadas, corrió locamente, hasta encontrar la entrada a un callejón sin ninguna iluminación.

Se metió en el callejón, en el mismo momento que sonaba la irritada voz del *sheriff*.

—¡Estúpido! ¿Para qué te tengo de ayudante, pedazo de mulo? Le pasas una cabeza al menos y te has dejado derribar por él como si fueses de mantequilla...

Moldaw tosía y gemía a la vez. Buck no pudo entender lo que contestaba.

—¡Vamos! ¡Ha debido ir por ahí! ¡Corre tras él y si le ves, pégale un tiro!

Buck no quiso seguir escuchando más. Reanudó la carrera, pero, de pronto, con gran pavor, se dio cuenta de que se había metido en un callejón sin salida.

Tanteó el muro. Tenía una altura de dos metros, de modo que alcanzaba el borde con las manos, sobradamente. Pensó que al otro lado podría ocultarse de sus perseguidores.

En aquel momento, oyó pasos en el callejón. Retrocedió cautelosamente a lo largo del muro, hasta alcanzar el rincón más próximo.

Entraba luz de la calle principal y se reflejó en el cañón del revólver que sostenía Moldaw. Conteniendo el aliento, Buck esperó unos instantes.

Moldaw dio unos cuantos pasos más.

—Yarl, si está ahí, salga con las manos en alto. En caso contrario, perderá mucho más.

Buck se dio cuenta de que el ayudante pretendía localizar por el sonido, si se decidía a contestar. Por tanto, permaneció absolutamente callado, respirando con la mayor suavidad.

Moldaw dio tres pasos más. Era evidente que no le veía.

—Aquí no está —gruñó el hombre entre dientes.

Y le volvió la espalda.

Entonces, Buck saltó sobre él y le golpeó con ambas manos en la nuca. Moldaw se desplomó al suelo como una masa inerte.

Buck corrió hacia la tapia y saltó al otro lado. Siguió corriendo, hasta encontrarse en otra calle, más estrecha, pero menos amplia que la principal.

Caminó cautelosamente, pegado a las casas. Si al menos supiera dónde habían dejado su automóvil...

Claro que le quedaba el recurso de robar otro, pero prefería su propio coche. Además, tenía en él algunas cosas que confiaba no habrían desaparecido, como su dinero y documentos... no todos los documentos, por supuesto.

Caminó rápido y silenciosamente. La ciudad estaba callada, como puerta.

De pronto, al pasar frente a una ventana, vio que había luz en el interior. La cortina estaba corrida, pero no del todo.

Un sentimiento de curiosidad y precaución le hizo mirar por la rendija. Respingó.

Zina Hawsey estaba en aquella habitación. Y también el abogado.

Pero, ¿qué le había pasado a Brad?

El abogado se hallaba sentado en una silla, en mangas de camisa, con el rostro tumefacto y los labios sangrantes. Zina le curaba.

Eran dos personas en las cuales se podía confiar. Buck tocó con las yemas de los dedos en el vidrio.

Vio que Zina se sobresaltaba y tiraba el algodón a un lado, precipitándose acto seguido sobre algo que no pudo divisar. Instantes después, la muchacha aparecía en su campo visual con una escopeta de dos cañones en las manos.

El abogado se levantó penosamente y alzó el bastidor, quedándose a un lado. Zina apuntaba hacia la ventana con la escopeta.

—¿Quién es? —preguntó la muchacha.

—Yarl, Buck Yarl —contestó él—. Me he escapado de la cárcel. Por favor, ábranme pronto...

Zina dejó escapar una exclamación ahogada y corrió hacia la ventana.

—¡Señor Yarl! ¿Cómo...?

—Cuando esté dentro —la atajó el joven—. Timman y Moldaw andan persiguiéndome.

Zina corrió hacia la puerta trasera de la casa y la abrió. Buck penetró en el edificio y se apoyó, jadeante y sin aliento, contra la madera de la puerta.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó a Brad.

—Jones y Wees le atacaron y le propinaron una bestial paliza —contestó la muchacha—. Lo hicieron para que, no le defendiera a usted.

—¿Jones y Wees? ¿Quiénes son? —preguntó el joven.

—Dos guardaespaldas de Edder. Seguramente obraron por indicación de éste —declaró Brad, volviéndose a sentar.

Buck se rehízo en parte y se acercó a la ventana, corriendo la cortina cuidadosamente.

—Terminaré de curar al señor Brad —dijo Zina—. Mientras tanto,

cuéntenos cómo consiguió evadirse.

—Timman dijo que la gente quería lincharme y dispuso mi traslado al rancho de Edder. No pensaban hacerlo, creo yo, sino pegarme dos tiros en cualquier revuelta del camino.

—En eso estoy de acuerdo —manifestó el abogado—. ¿Qué más, señor Yarl?

—Bueno, aproveché un momento de descuido de ambos, cuando ya estábamos fuera de la celda y solté unos cuantos mamporros. A Moldaw tuve que pegarle luego por segunda vez. Estaba a punto de darme caza.

Zina terminó la cura y mojó un algodón en alcohol para limpiarse las manos.

—La muerte de Lisa Celdron puede destapar el imperio de Edder —dijo—. Naturalmente, él trata de impedirlo a todo, costa.

—Pero, ¿quién es esa Lisa Celdron? —preguntó el joven—. ¿Y por qué la han asesinado?

Zina suspiró.

—Era una chica muy independiente. Como yo —contestó.

—O sea que no se plegaba a los deseos de Edder.

—Exactamente.

—¿Es que Edder la pretendía?

—Ahí está lo raro —manifestó Brad preocupadamente—. Edder es un sujeto acostumbrado a conseguir todo lo que desea, tanto personas como cosas. Pero nunca manifestó el menor interés por Lisa Celdron, al menos en el sentido que pudiéramos llamar amoroso.

—Pero, entonces, ¿por qué la asesinó?

—No sabemos si fue él personalmente o alguno de sus esbirros. Y la verdad es —era Zina la que hablaba— que el interés de este asunto estriba en el que Edder se ha tomado por acusar a un inocente de la muerte de esa pobre chica. Francamente, ni el señor Brad ni yo lo comprendemos.

—Me deja usted de piedra, señorita Hawsey —manifestó el joven—. Si es así, ¿cómo sabe que Edder tiene interés en descubrir al asesino de una mujer por la que no se interesaba en absoluto?

—Porque lo dijo esta mañana... es decir, ayer por la mañana, apenas se descubrió el cadáver de Lisa. Ofreció cinco mil dólares por la captura de su asesino. Eso nos ha extrañado a todos, señor Yarl.

—¿Y no sospechan quién pudo ser?

—A menos que haya sido él... —dijo Brad.

—Bueno —exclamó Zina—, ahora vamos a ver qué hacemos con nuestro huésped. Si el *sheriff* viene aquí y lo encuentra, no lo pasaremos muy bien, esta es la verdad.

Buck miró al ahogado.

—¿Qué le dijo el juez? —preguntó.

—Aún no he podido verle. Jones y Wess me asaltaron cuando llegaba a

su casa. Estuve sin sentido mucho tiempo y, cuando desperté, vine derecho a ver a Zina.

—Mañana publicaré la noticia —aseguró ella.

Buck levantó las manos.

—Bien, lo primero de todo —dijo—, es quitarme las esposas.

—Sin llave lo veo difícil —observó Zina.

El joven sonrió.

—No se preocupe. Yo conozco un método infalible para hacerlo aunque no se tenga la llave.

CAPÍTULO VI

Hal Wess guardaba la puerta. Mark Jones dirigió al doctor Sandery una mirada llena de dureza.

—Y ya lo sabe usted, matasanos. Esas uñas tienen sangre y piel de Lisa Celdron. Póngalo así en su informe, ¿quiere?

Wess sonrió.

—Querrá, Hal —dijo—. Le conviene hacerlo, si no quiere montar el consultorio en plena vía pública.

Impotente, el médico bajó la cabeza.

—Lo haré —murmuró sordamente.

—Así es mejor, doc —sonrió Wess—. ¿Nos vamos, Mark?

—Sí, Hal.

Los dos esbirros salieron del despacho del abatido Sandery. Caminaron por la calle desierta, en dirección al edificio del “Grover Courier”.

En aquellos momentos, Zina, bajo la dirección del joven, intentaba abrir las esposas.

La muchacha usaba un trozo de hoja de afeitar, partida en dos a lo largo. Introdujo el fragmento de cuchilla en la ranura de una de las esposas y presionó hacia abajo.

El muelle cedió. Zina abrió la argolla.

—Nunca hubiera sospechado que pudiera hacerse de esta manera —declaró, admirada—. ¿Dónde lo aprendió usted, señor Yarl?

—Me lo enseñó un amigo —contestó él evasivamente.

Zina no insistió. Repitió la operación y, pocos momentos después, las manos de Buck quedaban libres.

Buck se frotó las muñecas.

—Agradecería un trago, si lo hay —dijo.

—Claro —sonrió la muchacha.

En aquel momento sonaron un par de golpes en el otro lado de la casa. El rostro de Zina demostró alarma.

—Debe ser Timman —murmuró.

Brad se puso en pie.

—Si es él, le ordenaré que detenga a Jones y Wess —dijo resueltamente.

—No conseguirá nada, señor Brad.

—Bueno, lo veremos...

Los golpes se repitieron. Zina se dirigió hacia la puerta de comunicación con la parte delantera del edificio. Brad la siguió en el acto.

—No se mueva de aquí, señor Yarl —indicó la muchacha.

—¿Y si es el *sheriff*?

—Su voz es inconfundible. Escuche lo que hablamos y, en tal caso, escape. El campo está cerca. Escóndase y vuelva luego, cuando se haya ido. Yo encendería y apagaría la luz de la ventana tres veces. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Zina y Brad atravesaron un angosto pasillo y salieron a la imprenta, donde los ejemplares del periódico estaban ya listos para ser vendidos a la mañana siguiente. Cruzaron el cuarto de archivo y pasaron a la oficina.

La muchacha abrió la puerta. Dos hombres entraron.

—Cierra, Mark —ordenó Wess.

—Claro, Hal.

Zina se quedó sin habla en el primer momento, a causa de la sorpresa recibida. Jones divisó al abogado y sonrió.

—Vaya, pero si está aquí nuestro buen amigo Sam Brad. ¿Qué le pasó, picapleitos? ¿Se estrelló con su automóvil?

—Largo de aquí —ordenó Zina enérgicamente—. Esta es mi casa y solo admito en ella a quién me parece.

Jones seguía sonriendo.

—La chica es brava, ¿eh? —comentó—. Seguro que ya tiene el periódico listo para lanzarlo por la mañana.

—Casi. Me faltan dos noticias —respondió Zina—. La paliza que le propinaron al señor Brad y la evasión del prisionero. Luego las añadiré.

Jones respingó.

—¡Qué! ¿Se ha fugado Yarl? —gritó.

—Exactamente —contestó ella con acento triunfal—. Y se ha escapado para dar ocasión a que el señor Edder consuma las aspirinas a kilos.

Jones frunció el ceño.

—Hal, hay que avisar al jefe. Ahí veo el teléfono. Llámalo...

—¡No toque ese teléfono! —ordenó la chica.

Wess la apartó brutalmente a un lado.

—Empieza tú con lo tuyo, Mark. Mientras, yo hablaré con el señor Edder.

—De acuerdo.

Jones avanzó hacia el interior de la casa. Zina quiso cerrarle el paso, pero Wess sacó un revólver de cañón corto.

—Apártense los dos —dijo perentoriamente.

—Haz lo que te dicen, muchacha —aconsejó el abogado, tomándola por un brazo.

Jones pasó por delante de ellos, sonriendo con aire de vencedor. Pasó el archivo y llegó a la imprenta, donde se apilaban los periódicos dispuestos para la venta. Arrancó una hoja de papel, sacó el encendedor y se dispuso a aplicarle la llama.

En aquel momento sintió que algo duro y frío se le apoyaba debajo de la oreja izquierda.

Una voz suave, pero de tonos ominosos, dijo:

—Si hace un solo gesto, si levanta la voz, es hombre muerto.

Jones se quedó completamente inmóvil, con el papel en una mano y el mechero encendido en la otra. Su frente se cubrió de sudor.

Acaba de mirar con el rabillo del ojo y había visto que el arma que presionaba sobre su carne era una escopeta de dos cañones. Se le puso la carne de gallina.

—Deje caer el encendedor al suelo —ordenó Buck.

Jones obedeció.

—Ahora —siguió el muchacho—, de la vuelta y póngase de espaldas a mí. Recuerde: al menor movimiento sospechoso haré que sus sesos manchen las paredes.

Jones temblaba de pánico. Ignoraba quién era aquel sujeto, pero podía darse cuenta claramente de que estaba dispuesto a todo.

Giró muy despacio. Entonces, con rápido movimiento, Buck se cambió la escopeta de mano y golpeó al rufián con el filo de la mano, detrás de la oreja derecha.

Jones se derrumbó como una masa inerte sobre los periódicos. Buck se inclinó sobre él, le registró rápidamente y le despejó de un revólver que llevaba en una funda axilar.

El joven se guardó el revólver en la pretina del pantalón. Recuperó la escopeta y avanzó hacia la parte delantera del edificio.

En aquel momento, Wess había establecido contacto con el “E. Ranch”.

—¿Señor Edder? Soy...

No dijo más. Los dos cañones de una escopeta le apuntaban malignamente desde la puerta de la oficina.

—Suelte el teléfono y la pistola —ordenó Buck perentoriamente.

* * *

Balt Edder colgó el teléfono con gesto preocupado.

—¿Quién era? —preguntó Pyne, a su lado.

El atildado individuo se había cambiado totalmente de ropa. Quitarse las manchas de tinta de la piel le había costado algo más.

El penetrante perfume que usaba no bastaba para disimular del todo el olor a gasolina que le había quedado después de la limpieza. Pyne rabiaba de ira cada vez que se acordaba de las burlas que había tenido que soportar al salir del periódico.

Las gentes de Grover temían a su jefe, pero no le apreciaban. Todos corrían tras él como falderos, para, alcanzar los huesos que se dignaba lanzarles, pero ninguno alzaría un solo dedo para salvarle cuando lo vieran ahogarse.

—Me pareció que era Hal Wess, pero la comunicación se cortó súbitamente.

—Tenía que llamarle desde el periódico. ¿Quiere que lo haga yo, a ver qué pasa?

Edder se puso en pie.

Era un hombre corpulento, rostro acerado, de una poderosa vitalidad, que le hacía ser tan robusto a los cuarenta y ocho años como veinte antes. Tenía unas cejas espesas y su mandíbula era recia, granítica.

Vestía sencillamente, con una camisa de manga corta, abierta por el cuello, que dejaba ver un bosque de vello que aún no había encanecido. Su torso parecía el de un barril, pero apenas había grasa en la carne.

Estaba preocupado.

No había ordenado matar a Lisa Celdron ni había deseado su muerte, aunque, en sentido estricto, tampoco lo lamentase. Pero, de haber podido evitarlo, lo habría hecho.

Lisa conocía un gravísimo secreto suyo. Si se divulgaba, quedaría arruinado.

El plan ideado para acusar de su muerte al primer forastero que pasara por Grover no era sino una cortina de humo destinada a ocultar sus verdaderas intenciones. En realidad, lo que menos le interesaba era que se practicara una investigación a fondo.

Muerto el prisionero, el asunto se iría olvidando lentamente. Entonces él, con astucia y habilidad, procuraría remediar la catástrofe que había significado la muerte de la joven.

Pero Yarl tenía que morir y las murmuraciones se acallarían. Él no había matado a la muchacha y, sin embargo, todos recelaban de él.

De pronto, el ruido de automóvil interrumpió sus pensamientos.

—Deben ser Wess y Jones —dijo Pyne, acercándose al gran ventanal que daba al patio delantero de la casa.

El automóvil describió una curva de ciento ochenta grados y se detuvo frente a la entrada. La luz del farolón que había sobre la puerta iluminó de lleno el vehículo.

—¡Es el *sheriff* Timman! —exclamó Pyne.

—Ábrale, Seth.

Pyne se dirigió a la puerta. Edder empezó a servirse una copa.

Timman le traía buenas noticias, pensó. Su tensión comenzó a ceder.

La puerta se abrió y Timman irrumpió agitadamente en la casa.

—¡Señor Edder! ¡El prisionero se ha fugado!

—¡Qué! —rugió el hombre.

Tenía la botella en la mano y se sintió tentado de lanzársela al *sheriff*. El aro del anillo rozó contra el vidrio y chirrió desagradablemente.

—Pero, ¿cómo ha podido cometer usted semejante imbecilidad? —estalló el dueño de la casa—. ¡Eran dos contra uno... atontado a fuerza de golpes! ¿Qué clase de hombres son, vamos a ver?

Timman parecía a punto de echarse a llorar.

—Me pateó la barriga y...

Casi ahogándose, explicó su versión de lo ocurrido, procurando cargar la mayor parte de las culpas sobre su ayudante.

—No queríamos hacer ruido dentro de la ciudad y...

Lleno de ira, Edder estrelló la botella contra el suelo.

—Ahora debiera yo patearle también esa asquerosa barriga —mugió—. ¡Váyase inmediatamente y registre la ciudad, casa por casa! ¡Quiero a ese hombre muerto antes del amanecer! ¿Me ha oído, Timman? ¡Antes del amanecer!

El *sheriff* se aterró.

—¿Casa por casa?

—Como lo ha oído. Vaya ahora mismo y...

Timman hizo un esfuerzo y reunió fuerzas para formular una objeción.

—Pero, señor Edder, no puedo irrumpir en el domicilio de los ciudadanos así como así. Se necesita un mandamiento judicial...

—¡Se necesita querer! —tronó Edder—. Y, si es necesario, saque a Wilson de la cama y que le expida todos los documentos que le hagan falta. ¿Me ha entendido?

—¿Y si se ha ido de la ciudad?

—¿No me dijo usted que le habían encerrado el auto?

—Sí, pero ha podido marcharse a pie, señor Edder. Si alcanzó la carretera, pudo haber detenido un coche cualquiera y...

Edder se mordió los labios.

—Le dijo que pusiera un telegrama, ¿no es así? —dijo.

—Desde luego, pero no lo cursé. Usted me dijo...

—Ya sé lo que le dije —rezongó el hombre—. De todas formas, puede que esté aún en la ciudad. Vaya e investigue, hasta debajo de las piedras si es preciso. ¡Pronto, imbécil!

—Sí, señor Edder —contestó servilmente Timman, echando a correr hacia la puerta.

Al quedarse solos, Edder miró a su ayudante.

—Seth, ¿quién diablos pudo matar a Lisa Celdron? —preguntó.

—No lo sé, señor Edder —respondió el sujeto con rostro impasible.

—Bernie Carr andaba loco detrás de ella, ¿verdad?

—Sí, pero Lisa no le hacía demasiado caso. Se limitaba a... bueno, a darle esperanzas, aunque sin ceder definitivamente a sus proposiciones matrimoniales.

Edder sonrió.

—Carr pudo haber perdido la paciencia, ¿no crees? Un enamorado joven suele ser siempre ardoroso e impaciente. Si ella no quiso acceder a sus pretensiones, tal vez Bernie perdió la cabeza y...

El secretario sonrió también.

—Es una cosa que entra dentro de lo posible, señor Edder. ¿Llamo a la oficina del *sheriff*?

—No. Espera a que se haga de día. Entonces, si no ha aparecido Yarl, haremos que Timman interrogue a Bernie.

—Como usted quiera —contestó Pyne.

Consultó el reloj y frunció el ceño.

—Jones y Wess tenían que haber llamado ya —añadió.

—Acaso están ocupados aún con el “Courier”. Anda, llama a la oficina de esa entremetida.

—Sí, señor.

Pyne se acercó al teléfono, levantó el auricular y marcó un número.

—¿Oficina del “Courier”? —preguntó.

—Hola, perro faldero —contestó la alegre voz de Zina Hawsey—. ¿Está ahí tu amo? Dile que se ponga, can lleno de pulgas.

Una mueca de rabia contrajo las facciones de Pyne. Edder lo vio y le arrebató el teléfono de un manotazo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Zina Hawsey, gran hombre. ¿Quería usted saber lo que les ha ocurrido a sus dos gorilas? Ellos se lo contarán cuando regresen, pero sepa que el periódico se pondrá a la venta a las siete en punto de la mañana. Compre un ejemplar, se lo recomiendo. Viene un artículo muy interesante sobre los grandes hombres que se creen dioses solo porque tienen más dinero que los demás. ¡Adiós, emperador!

La mano de Edder se crispó sobre el teléfono.

—¡Maldita! —exclamó—. ¡Esa chica se merece una buena lección!

Pyne adivinó lo que había pasado.

—¿Quiere que se la dé yo? —preguntó.

Edder le miró fijamente.

—Sí, pero cuidado con lo que haces. No me interesa que muera; solo que sufra un accidente... una caída desde una silla, por ejemplo, producida al intentar apagar el fuego de su periódico.

Pyne sonrió torvamente.

—El “Courier” arderá antes de que llegue el nuevo día —aseguró con gran énfasis.

CAPÍTULO VII

Zina colgó el teléfono y se volvió hacia los dos hombres.

—Era Edder —dijo.

—Me lo suponía —habló el abogado llanamente.

—Parece que el tal Edder tiene a toda la ciudad en un puño, ¿eh? —comentó Buck, poniéndose un cigarrillo en los labios.

—Así es —reconoció la muchacha—. Es raro el que no le debe algo.

—Zina y yo somos dos de esos raros ejemplares —sonrió el abogado con dificultad.

—Lo cual no ha dejado de constituir una suerte para mí —manifestó el muchacho—. Pero esa suerte se me volverá nuevamente de espaldas si no encontramos al asesino.

—Eso es fácil —dijo Brad—. Basta mirar en dirección al “E. Ranch”...

—Yo no acabo de creerlo del todo —le interrumpió Zina.

—¿Por qué? —exclamó Brad—. ¿Quién más que Edder podría tener interés en la muerte de Lisa?

—Eso podría admitirse si no tuviésemos otro delito inmediatamente anterior al del asesinato —declaró Zina—. Edder es un hombre violento, egocéntrico y autoritario, de acuerdo, pero no de la clase de tipo que comete determinados ultrajes a una mujer antes de estrangularla.

—Entonces, sido alguno de sus gorilas y trata de salvarle.

—No. Edder no salvaría ni a su padre, a menos que ello le reportase algún beneficio. Todo lo contrario; a fin de aparentar virtud ante el pueblo, sería el más interesado en que se hiciera justicia.

—¿Hemos de creer entonces que Lisa no fue muerta por Edder ni ninguno de sus rufianes?

—Eso opino yo, señor Brad.

Buck asistía muy interesado al diálogo. A fin de cuentas, lo que debatía la pareja le concernía a él de un modo directo.

Trataban de demostrar su inocencia y hallar al verdadero culpable.

—Pero, entonces, ¿quién ha podido ser?

—Bernie Carr iba detrás de Lisa Celdron —declaró Zina—. Lisa no le hacía mucho caso que digamos.

—¡Oh, Zina! ¡Bernie Carr es un pedazo de pan!

—Hasta los más pacíficos se vuelven tigres cuando la ocasión hace aflorar sus más íntimos sentimientos.

—Eso es verdad —murmuró Brad meditabundamente—. Carr es un magnífico muchacho, bueno, honesto, trabajador... pero con pocas amistades y muy introvertido. Nunca se sabe lo que puede haber dentro de esta clase de personas.

—Hasta que se produce la explosión y entonces nos quedamos todos con la boca abierta. “¿Quién lo iba a decir?”, es la exclamación unánime.

—Tienes razón, Zina. Pero, supongamos por un momento, solo suposición, ¿eh? que Bernie mató a Lisa. En tal caso, ¿por qué Edder tiene tanto interés en cargar el crimen a alguien, no importa si esa persona es culpable o no? —exclamó el abogado—. Tendría que mostrarse neutral, ¿no?

—Es verdad —convino la muchacha—. Ese interés de Edder por hallar un culpable, quienquiera que sea, resulta desusado. No lo entiendo, francamente.

—¿Me permiten que intervenga en la conversación? —dijo Buck de pronto.

—Pues claro que sí, muchacho —accedió Brad—. Hable. ¿Qué tiene que decirnos?

—Lisa Celdron ha muerto y Edder quiere un asesino. Supongamos que ese asesino hubiera sido yo y que no hubiera conseguido escaparme. A estas horas, Timman andaría diciendo que había disparado contra mí al intentar darme a la fuga.

—Es cierto —dijo Zina—. ¿Qué más?

—Muerto yo, el caso hubiera quedado cerrado, ¿no?

—Claro.

—Y Edder se habría visto libre de... ciertas preocupaciones.

—¿Qué preocupaciones, señor Yarl?

—Las que pueden proporcionarle una investigación a fondo. Cuanto antes se acabe este asunto, menos investigaciones habrá.

Brad hizo chasquear sus dedos.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Lisa tenía que saber algo de Edder que a éste no le interesaba se hiciera público!

—Lo mismo opino yo —convino el muchacho—. Si el asesino muere rápidamente, la investigación se da por terminada y nadie tiene por qué enterarse de lo que Lisa sabía de Edder y qué a éste tanto le preocupa. Pero sigamos con las suposiciones.

Buck hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Supóngame que soy el asesino y que Timman es un hombre decente.

Yo presento pruebas en contrario, es decir, pruebas de mi inocencia. Por tanto, Timman se ve obligado a investigar a fondo. Cuando ocurre una cosa de esta índole, salen a relucir muchas cosas que se creen ocultas. Es preciso que aparezca el verdadero asesino y para ello se necesita investigar a fondo todas las relaciones de Lisa Celdron y todo cuanto ella había hecho hasta el momento de morir. Edder puede tener interés en la investigación, pero haciéndola él mismo, en secreto, no de una manera pública. ¿Comprenden ahora?

—Desde luego —dijo Zina—. Y eso nos lleva a una conclusión.

—¿Cuál? —preguntó el abogado.

—Que es preciso registrar a fondo la casa de Lisa Celdron. Tal vez escondía allí lo que tanto comprometía a Edder.

—O en alguna caja de alquiler del Banco local —sugirió Buck.

—No. El Banco es de Edder y éste no habría tenido el menor escrúpulo en violentar la caja que le hubiese alquilado Lisa. Por tanto, si hay algo, está en su casa.

—Tendrá que pedirle permiso a los padres...

—Lisa no tenía padres. Vivía sola, aunque todas las mañanas, una sirvienta de color le arreglaba el piso.

Brad consultó su reloj.

—Son las cuatro de la mañana. Amanecerá dentro de hora y media.

—Casi no tenemos tiempo ya —dijo Zina—. Podríamos dejar el registro para la noche siguiente.

—Sí, pero hay una cosa que yo no quiero dejar para esta noche siguiente —declaró Buck de pronto.

—¿Cuál?

—Hablar con Edder.

—¿Se va a meter en el cubil de la fiera? —exclamó Zina.

Buck sonrió.

—Así es. Pero no tema por mí. Solo necesito que me diga dónde está el rancho de Edder.

—A dos millas de la ciudad, en dirección Oeste, por la carretera secundaria. Una vez recorrida esa distancia, deberá desviarse al sur durante unos doscientos metros.

Buck se puso en pie.

—Entonces, no se hable más. Iré ahora mismo. En poco más de media hora puedo estar allí.

—Yo me voy a mi casa —suspiró el abogado—. Necesito dormir. Estoy que no puedo tenerme en pie.

En aquel momento sonó el teléfono.

Zina se precipitó al aparato. Habló unos momentos y luego se volvió hacia los dos hombres.

—Era el doctor Sandery —explicó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el abogado.

—Jones y Wess estuvieron a visitarle, pretendiendo que diga en su informe que había rastros de sangre y piel de Lisa en los recortes de uñas del señor Yarl. Sandery dice que primero accedió por miedo, pero que no ha podido resistir el peso de su conciencia y que no le importa lo que pueda pasarle. Las uñas del señor Yarl estaban limpias de huellas de sangre y piel.

—¡Bravo! —exclamó el abogado—. ¡Eso demostrará palpablemente su inocencia, muchacho!

—Sobre todo si tenemos en cuenta que en el cuello de Zina aparecía la impronta de un grueso anillo que llevaba el asesino —dijo Buck.

Y enseñó sus manos, limpias de toda clase de joyas.

—En tal caso —murmuró Zina—, ¿quién mató a Lisa?

—Quizá Edder sepa algo —expresó el muchacho—. En todo caso, no puedo dejar pasar más tiempo sin verle.

—Salga por la puerta trasera —aconsejó ella.

—Saldremos juntos —dijo Brad—. Mi casa queda mucho más cerca por este lado.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta posterior. Brad abrió, miró a derecha e izquierda y luego señaló un punto con la mano.

—Siga esa dirección y en cinco minutos alcanzará la carretera. Vaya por las orillas; esto es muy abundante en vegetación.

—Se nota que estamos en el cálido Sur —rio Buck.

—Demasiado cálido —gruñó Brad—. Bien, hasta luego, muchacho.

—Adiós, señor Brad.

Los dos hombres tomaron direcciones opuestas. A los cincuenta metros, Buck alcanzó una calle transversal que daba a la principal. En aquel momento vio pasar un automóvil descubierto, ocupado por un hombre joven.

Oyó el gemido de los frenos instantes más tarde. Sintió como una especie de presentimiento, que le dijo que el coche se había detenido frente al periódico.

Atravesó corriendo la calle y asomó la cabeza por la esquina. No se había equivocado.

Había un hombre alto y robusto llamando a la puerta de la casa de Zina. La hora no era la más indicada para visitas, lo cual hizo que el joven recelase de aquel individuo.

Esperó un instante. La puerta se abrió poco después.

Buck captó una exclamación ahogada, que había brotado indudablemente de labios de la muchacha. Casi en el acto vio que el recién llegado entraba en la casa con cierta violencia, con los brazos por delante.

Zina gritó débilmente, pero la puerta se cerró y Buck ya no pudo escuchar más. Sin embargo, pudo darse cuenta de las intenciones poco

amistosas del recién llegado.

Zina estaba a punto de sufrir un atropello. Era preciso evitarlo.

La muchacha había debido cerrar la puerta posterior. Tenía que utilizar la que daba a la calle principal, no le quedaba otro remedio.

Corrió silenciosamente a lo largo de la acera e intentó mirar a través de las ventanas, sin conseguir ver nada. Las cortinas estaban echadas y ocultaban perfectamente lo que pasaba en el interior del edificio.

Buck tanteó el pomo y lo hizo girar poco a poco. Sonrió; el sujeto estaba muy seguro de sí, cuando no se había molestado en cerrar con pasador.

Abrió la puerta centímetro a centímetro y miró a través de la rendija.

El hombre alto se hallaba de espaldas a él... Zina se hallaba apoyada en el escritorio, contemplándolo con expresión horrorizada.

CAPÍTULO VIII

Al ver entrar a Pyne, Zina sintió que se le paraba el corazón.

Pyne cerró la puerta a sus espaldas. Con cínica sonrisa, avanzó hacia la muchacha.

—Está muy pálida, Zina —dijo—. ¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo de mí?

Ella no contestó. Desesperadamente, estaba buscando el medio de librarse de aquel repulsivo individuo.

El día anterior lo había conseguido. Además, sabía que entonces podía contar con la ayuda del viejo Calhoun.

Ahora estaba sola. Pyne era muy alto y robusto, pese a su aparente delgadez.

—El “Courier” no va a salir a la calle —siguió Pyne—. Y su propietaria y editora será hospitalizada, para ser curada de las lesiones que se produjo al intentar apagar el fuego en el periódico. Así dejará de meterse de una vez con Edder!

—¡Edder es un canalla y un miserable! —exclamó ella—. Tiene sojuzgada a la población con su dinero...

—Y la población se siente contenta de estar sojuzgada por él —rió Pyne con desfachatez—. Por tanto, no interesa que usted les haga pensar de una forma distinta de cómo quiere el señor Edder, ¿comprende?

—Aunque destruya mi casa, seguiré publicando el periódico en otra parte. Incluso por medio de pasquines escritos mano o con multicopista. Solo matándome conseguirán hacerme callar.

—No la mataremos, Zina —sonrió el rufián—. Solo le daremos una buena lección. Estará un par de meses en el hospital, curándose unas cuantas fracturas y quemaduras y, cuando se reponga, ¿quién se acordará ya de Lisa Celdron?

—Les interesa mucho acabar con ese asunto cuanto antes, ¿verdad?

—Nos interesa el silencio.

Pyne agarró una silla por el respaldo y pareció estudiar su fortaleza.

—Nos interesa el silencio —repitió—. Cuanto antes, como usted ha dicho. Lo siento, preciosa; me gustaría anestesiarla, pero olvidé el

clorofórmio.

Levantó la silla en lo alto. En aquel instante, Pyne sintió que le tocaban en el hombro.

—¿Me permite? —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Zina dejó escapar un gemido de alegría. La llegada de Buck Yarl no podía ser más oportuna.

Pyne se revolvió rápidamente, con ánimo de estrellar la silla contra el cráneo del muchacho, pera Buck había adivinado ya sus intenciones.

Saltó a un lado, esquivando el golpe. Al fallar, Pyne perdió el equilibrio y trastabilló.

Riendo, Buck alargó la mano y tiró ferozmente de la oreja del rufián. Pyne lanzó un aullido de dolor y soltó la silla.

Ciego de ira, cargó contra el muchacho. Buck le esquivó con toda facilidad y descargó un tremendo puñetazo en el pecho de su antagonista, haciéndole retroceder unos cuantos pasos.

Pyne chocó contra un escritorio y permaneció aturdido unos segundos. Buck esperó a que se recuperase.

El rufián sacudió la cabeza. Luego le miró con maligna expresión.

—Quieres guerra, ¿eh, mequetrefe? ¡Pues tendrás guerra, te lo aseguro! Y de nuevo se lanzó contra Buck.

Tenía un revólver, pero ansiaba destrozar al entrometido con sus propias manos.

De repente, creyó que le cortaban la cabeza.

Un lancinante dolor surgió de pronto en su garganta, quitándole la respiración. Pyne boqueó agónicamente, buscando aire para sus pulmones. Manoteó con gestos frenéticos, sin comprender qué le había sucedido.

Buck le había golpeado en la garganta con el filo de la mano derecha. No había empleado toda su fuerza; de haberlo hecho, le habría matado.

Pyne quedó inerte. Buck clavó el puño en su estómago, haciéndole curvarse sobre sí mismo.

La nuca del rufián quedó al descubierto. Buck usó nuevamente el canto de la mano.

—Es usted una caja de sorpresas, Buck —declaró Zina admirada, cuando hubo visto a Pyne en el suelo, completamente sin sentido—. ¿Dónde aprendió a luchar tan bien?

—Seguí un curso de espionaje por correspondencia —contestó él bien humoradamente—. Claro está, en el curso se incluía una sección de defensa personal.

—Su sentido del humor es magnífico. Pero, ¿qué va a hacer con este miserable?

—El perro debe volver a la perrera —declaró Buck con acento sentencioso—. ¿Quiere abrirme la puerta?

Ella obedeció.

—¿Va a llevarle al “E. Ranch”? —se asombró.

—En persona.

—Me dan ganas de ir con usted.

—No lo haga. Cuídese de su periódico y... Ah, ¿puede darme un ejemplar para Edder?

—Naturalmente. Aguarde un momento.

Buck se inclinó sobre el desvanecido Pyne y le registró cuidadosamente, desposeyéndole de su revólver, así como de una navaja de resorte.

El diamante del anillo centelleó un instante. Buck examinó la piedra.

—Vale una fortuna —murmuró.

Zina salió en aquel momento con el periódico en la mano.

—¿Se lo firmo para que tenga más valor? —preguntó sonriendo.

—Temo que Edder no apreciaría debidamente su autógrafo —sonrió Buck—. Por favor, ¿quiere abrirme la puerta?

—Con mucho gusto —contestó la chica.

Momentos más tarde, el coche arrancaba en sentido opuesto. Zina quedó en la puerta, contemplando las luces rojas de cola, hasta que las vio desaparecer en la lejanía.

Movió la cabeza pensativamente.

¿Cuál era el terrible secreto de Edder? se preguntó.

Hasta entonces, Grover había sido una población tranquila, incluso cuando las ciudades vecinas hervían con el problema racial. Los habitantes de color se habían mostrado relativamente pacíficos y los blancos no se habían metido demasiado con ellos.

Pero la muerte de Lisa Celdron estaba a punto de provocar una explosión cien veces peor que cualquier estallido causado por cuestiones segregacionistas.

Y lo malo era, se dijo que en aquel caso no se podía pedir auxilio a las fuerzas policiales del Estado. Era un asunto estrictamente interno de Grover.

En aquel momento, Zina vio que un hombre cruzaba la calle en dirección al periódico.

Timman se detuvo al pie de la acera y miró a la muchacha con aire desafiante.

—Estoy registrando las casas en busca de un fugitivo de la justicia —declaró Timman.

Ella sonrió burlonamente, a la vez que extendía la mano hacia la puerta.

—Adelante, *sheriff* —dijo—. Entre, esta es su casa.

Buck Yarl detuvo el coche frente a la casa y cortó el encendido. Pyne continuaba todavía inconsciente en el asiento posterior.

La figura de un hombre corpulento apareció bajo el dintel de la entrada.

—¿Seth? —llamó Edder.

Buck abrió la portezuela del auto y salió fuera.

—Está dormido, señor Edder —dijo.

Y avanzó hacia la casa.

Edder frunció el ceño. El recién llegado le resultaba perfectamente o desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Buck Yarl.

El rostro de Edder se contrajo, pero no hizo otro resto de sorpresa.

—El asesino evadido —comentó.

—Evadido, sí, pero no asesino —corrigió el joven—. Me interesaría sostener una conversación con usted, señor Edder. ¿Lo obligo o accede voluntariamente?

Edder sonrió. Pasaba una cabeza al muchacho y su peso era de ciento diez kilos, contra setenta de su visitante.

—Claro —accedió de buen humor—. Entre, señor Yarl.

Cruzaron la puerta. Silenciosamente, Buck admiró el lujo con que estaba montada la casa.

Había un gran bar en el rincón. Edder pasó detrás del mostrador y puso dos vasos sobre el mismo.

—¿Qué prefiere como bebida? —preguntó.

—Lo mismo que usted —contestó Buck.

—Me gusta mucho el *bourbon*.

—Bueno.

Edder escanció en los dos vasos y entregó uno a Buck. El muchacho lo levantó en alto.

—A la mala salud del asesino de Lisa Celdron.

—En eso estamos de acuerdo —convino Edder.

—Pero no en que se me cargue a mí una muerte que no he cometido.

—Los indicios le acusan a usted.

Buck sonrió y puso ambas manos sobre el mostrador.

—Están limpias de anillos —dijo—. En la garganta de la interfecta aparece la huella de un anillo. Quizá como ese mismo que usa usted, señor Edder.

El dueño de la casa se miró instintivamente la mano derecha. Tenía en ella un grueso anillo de sello, con sus iniciales.

—El doctor Sandery —contestó— podría examinar sus uñas. Le aseguro que no encontraría en ellas rastros de sangre y piel pertenecientes a Lisa Celdron, como ha encontrado en las suyas, Yarl.

—Se equivocó, Edder. Usted ordenó que Sandery encontrase esos rastros, pero el médico sintió escrúpulos de conciencia. Mañana, todo Grover sabrá que yo no fui el asesino de Lisa.

Un músculo del rostro de Edder se contrajo.

—Entonces, le felicito —dijo.

—Gracias. Después de esto, imagino que pondrá al pobre doctor Sandery en la calle.

—Tal vez lo haga.

—Al menos, ordenará a su perro con estrella que deje de perseguirme.

—Eso es cosa de Timman. Yo no influyo para nada en sus decisiones.

—Como mentiroso, resulta usted magnífico, Edder —dijo Buck—. ¿Por qué tiene tanto interés en que se acaben cuanto antes las investigaciones sobre la muerte de Lisa?

—La justicia, amigo mío, la justicia.

—Y el horrible pánico a que se descubra algo que usted tiene un vivísimo interés en ocultar, ¿no es cierto?

Edder permaneció silencioso.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó al cabo de casi medio minuto.

—Usando la cabeza, claro.

Nuevamente sobrevino otra pausa.

Al fin, Edder habló:

—Usted es un tipo listo —dijo—. ¿Por qué no se pone de mi lado?

—Porque mi estómago rechazaría la comida cada vez que me sentase a la mesa.

El dueño de la casa enrojeció.

—Es usted duro en sus juicios —manifestó.

—Imparcial solamente —sonrió Buck—. ¿Qué secreto conocía Lisa de usted que le interesa no se haga público?

—No hay ningún secreto, Yarl.

—Entonces, ¿por qué no deja que las investigaciones prosigan un curso normal? ¿Por qué envía continuamente a sus esbirros a intentar clausurar el “Courier”? ¿Por qué forzó a Sandery a que emitiese un informe falso?

Edder calló.

Buckapuró el vaso.

—Averiguaremos lo que hay detrás de todo este turbio asunto, Edder. Imagino que debe tratar de no perder su privilegiada posición en la ciudad esto es algo que un día u otro tenía que suceder. Ha oprimido a las gentes de Grover y el día que se descubra su secreto, la población estallará como una bomba debajo de sus propias narices. Imagínese lo que sucederá entonces.

Después de las palabras del muchacho, se produjo una corta pausa. Edder concluyó también su vaso y dijo:

—En cualquier caso, usted no lo verá, Yarl.

—No me interesa verlo.

—Me lo figuro. Pero yo lo decía porque ya que ha venido a esta casa, no le dejaré salir ya más de ella.

—¿De veras? —sonrió el joven burlonamente.

—Sí. Mire a sus espaldas, Yarl.

—Es un truco muy viejo —contestó Buck.

—No lo es —dijo en aquel momento una voz hombruna—. Levante las manos y rasque el techo, entremetido.

CAPÍTULO IX

Buck obedeció. Lentamente se volvió y vio a uno de los rufianes a los que había expulsado del periódico.

Era Wess y sostenía un revólver en la mano.

Edder salió del mostrador.

—Gracias, Hal —dijo.

Se acercó al joven con ojos llameantes de ira.

—Va a lamentar haber venido a mi casa —dijo.

Buck se preparó. Podía leer en su rostro las intenciones de Edder.

El puño derecho de Edder se cerró. Buck supo así que quería apalearle antes de terminar con su existencia.

Edder disparó el puño con todas sus fuerzas. Pero no encontró el blanco deseado.

De repente, Edder se vio volando por los aires, sin saber cómo había ocurrido la cosa.

Ignoraba que Buck era “cinturón negro” de judo. Esto se lo habría explicado con toda facilidad.

Edder lanzó un aullido de rabia. Wess gritó cuando vio que se le venía encima aquella mole humana.

Los dos hombres chocaron con indescriptible violencia y rodaron por el suelo en confuso montón. De repente, sonó un seco estampido.

Wess se retorció un momento y luego se quedó inmóvil. Haciendo un esfuerzo, Edder se arrodilló y quedó a gatas, al lado del cadáver de su esbirro.

Una mancha roja se ensanchaba rápidamente en el pecho de Wess. Al caer sobre él, Edder le había doblado el brazo armado y el revólver se había disparado contra su propio pecho.

Edder volvió los ojos hacia el muchacho.

—Le ha matado usted —dijo acusadoramente.

Buck sonrió.

—¿Yo? Vamos, no sea idiota. No habrá jurado que me condene, ni aunque presente usted un millar de testigos sobornados.

Edder perdió los estribos nuevamente y se abalanzó contra el joven.

Por segunda vez el dueño de la mansión se vio volando por los aires.

En esta ocasión pasó por encima del mostrador y fue a chocar contra la botillería. El estruendo que se produjo fue considerable.

Edder se levantó penosamente, agarrándose al mostrador con ambas manos. La sangre brotaba de un par de cortes de su cara, causados por los trozos de vidrio.

—Le mataré... —babeó.

—Usted no está en condiciones de hacer una cosa semejante —contestó Buck—, sino de procurar que no se descubra su secreto.

De pronto se oyeron pasos rápidos en la estancia contigua. Buck sacó el revólver.

Mark Jones entró, atraído por el disparo. Buck le detuvo en seco.

—Quieto ahí —ordenó.

Jones se quedó estupefacto al ver a su compañero tendido en el suelo.

—¡Le ha matado! —exclamó.

Wess tenía aún el revólver en la mano.

—Podría tratarse de un suicidio, ¿verdad? —dijo Buck de buen humor—. En realidad, Edder, si yo estuviese en su sitio, trataría de hacerlo pasar por tal... o, mejor, por un accidente. Sí, eso es; Wess estaba examinando el revólver y se le disparó involuntariamente. Eso evitaría muchas investigaciones, créame.

Se dirigió hacia la puerta en medio de un helado silencioso. Desde allí se volvió y miró a Edder.

—¿Qué sabía Lisa Celdron de usted? —preguntó.

Los labios de Edder permanecieron inmóviles. Buck se encogió de hombros.

—Yo lo averiguaré —dijo, dejando caer al suelo el ejemplar del "Courier".

Y salió, sin ser molestado.

Cuando llegó al patio, Pyne abandonaba el automóvil, aún aturdido y sin comprender muy bien lo que le había ocurrido. Pero al ver a Buck sus ojos se inflamaron de cólera y se arrojó contra el muchacho.

Buck le puso el revólver bajo las narices.

—Alto, rufián —dijo.

Pyne se detuvo en seco. Su rostro estaba crispado por la rabia.

—Me las pagará —juró.

—Bueno —sonrió el muchacho—, eso es fácil de decir, pero no tanto de hacer. Ande, vaya a la casa y agite un poco la cola; su amo le aguarda con un mendrugo de pan.

—Volveremos a vernos —prometió Pyne, echándose a andar.

—Siempre que quiera —respondió Buck plácidamente—. Ah —añadió por encima del hombro—, encontrará su automóvil a la entrada de la

ciudad. No quiero que me acusen de robar vehículos.

Montó en el coche y arrancó en el acto, sin ser molestado.

* * *

Zina Hawsey levantó la cabeza al oír el campanillazo de la puerta que se abría.

Al ver a Buck se levantó presurosa y corrió hacia él.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó—. Estuve esperándole todo el día, sin tener noticias tuyas...

Buck sonrió al apreciar la ansiedad de la chica.

—¿De veras se sentía preocupada por mí? —preguntó.

Zina se ruborizó intensamente.

—Bueno —contestó—, habrá de convenir conmigo en que ha estado durante todo el día sin dar señales de vida. Son ya las nueve y media y... ¿dónde se escondió?

—En el campo, aunque usted no lo crea. Estaba molido, así que me busqué un lugar resguardado de miradas indiscretas y me pasé durmiendo casi todo el tiempo.

—¿Y ha sido capaz de dormir con la de cosas que hay pendientes? —se asombró ella.

—Tenía que hacerlo. ¿Es que usted no ha descansado tampoco?

—Sí, claro, pero...

—Bien, no nos preocupemos más por ese asunto. Dígame, Zina, ¿qué novedades hay?

—La edición ha resultado un éxito. He vendido todos los ejemplares del "Courier".

—Edder estará rechinando de rabia.

—Imagínese. He recibido muchas felicitaciones, aunque lo cierto es que la mayor parte en forma disimulada.

—Todavía tienen miedo a Edder, ¿eh?

—Sí. Debemos reconocerlo y no menospreciar lo que vale todavía, Buck.

—Es un consejo muy sensato, Zina. ¿Qué otra cosa hay por aquí?

—Timman estuvo a verme. Pretendía que yo le estaba escondiendo.

—¿Registró la casa?

—Sí. Hubiera podido negarme a ello, pero preferí que lo hiciese, aun sin mandamiento judicial.

—Hizo bien. ¿Qué más se sabe de la muerte de Lisa?

—Timman detuvo a Bernie Carr y le interrogó. Bernie, sin embargo, presentó una cortada indestructible y el *sheriff* tuvo que ponerle en libertad.

Buck encendió un cigarrillo con aire pensativo.

—Es el caso más extraño con que me he topado en los días de mi vida. Edder no mató a Lisa y, probablemente, ni siquiera lo ordenó; sin embargo, está locamente empeñado en hallar un criminal. ¿No le parece un interés desorbitado?

—Por supuesto. Y lo extraño del caso es que Lisa tuvo muy poca relación con él.

—¿A qué llama poca relación con él?

—Estuvo algún tiempo empleada en su Banco. Luego lo dejó.

—¿De qué vivía Lisa? ¿Tenía bienes propios de fortuna?

Zina frunció el ceño.

—Eso es lo raro. Solo poseía la casita en que vivía, casi en las afueras de la ciudad. Pero salvo aquel período de empleo en el Banco, no volvió a trabajar más.

—Entonces, vivía de algún chantaje que le hacía a Edder.

—Ahora que lo dice, es lo más probable, Buck —convino la chica.

—Y donde hay chantaje, hay documentos reveladores, guardados en lugar secreto, aunque no en el Banco, por supuesto. Lo cual significa que el ídolo de Grover tiene los pies de barro.

—Exactamente. Sin embargo y, salvo la presión que ha ejercido sobre la ciudad, nadie puede decir nada desfavorable en contra suya. No hay escándalos amorosos de envergadura, no hay contratos ilegales con el Ayuntamiento, no hay robos más o menos descarados... Francamente —concluyó Zina—, no sé en qué puede consistir ese punto negro en la vida de Edder.

—Yo lo averiguaré —afirmó el muchacho resueltamente—. Y lo haré de la única forma en que se puede conseguir.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Registrando la casa de Lisa hasta los cimientos.

—¿Cuándo piensa hacerlo?

—Esta misma noche. ¿Querrá acompañarme?

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó Zina con los ojos muy brillantes.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirle un favor?

—Está concedido, Buck.

—Téngame preparado algo de comer para cuando vuelva. Estoy desfallecido de hambre.

—¿A dónde va usted ahora? —preguntó Zina, intrigada.

—A ver al *sheriff*.

—¡Pero le detendrá! —exclamó ella, alarmada.

—No se atreverá —sonrió Buck con suficiencia—. Estaré aquí dentro de quince minutos.

—Le aguardo, Buck.

El joven salió del periódico y caminó a lo largo de la acera.

Momentos después entraba en la oficina del *sheriff*.

Timman y Moldaw alzaron la vista al mismo tiempo. El rostro del primero se contrajo a causa de la cólera que sentía.

Moldaw le miró con odio, pero no dijo nada. Timman se puso en pie poco a poco.

—¿Qué es lo que quiere, maldita sea? —gruñó—. ¿Es que no se da cuenta de que puedo detenerle por agresión a los representantes de la ley?

El joven no se inmutó.

—Mis uñas están limpias —contestó intencionadamente—. Y no uso anillos. Eso está fuera de toda duda, así que si me escapé, siendo inocente, tenía pleno derecho a hacerlo.

—Me golpeó a mí, atacó a mi ayudante...

—Y ustedes me apalearon como a un perro rabioso, así que estamos en paz. Será mejor que olvidemos esta parte del asunto, Timman.

El *sheriff* se sentó. Abrió el cajón y sacó la caja de habanos.

Buck alargó la mano y tomó dos, uno de los cuales entregó a Moldaw. El ayudante vaciló, mirando a su jefe, como si temiese ser reprendido.

—Fúmeselo, hombre —sonrió Buck—. Timman no se lo va a comer a usted.

Moldaw se rindió. Hacía tiempo que ansiaba fumarse un cigarro como aquellos.

Tranquilamente, Buck encendió el suyo. Luego, sujetándolo con los dientes, preguntó:

—¿Dónde está la respuesta al telegrama que le encomendé poner a Edwards? —dijo.

—No se ha recibido —contestó Timman, desviando la vista.

—Miente. Ni siquiera lo cursó. Se lo enseñó a Edder y éste le ordenó que olvidase el asunto.

Timman enrojeció.

—Bueno, yo... Está bien, maldita sea. Usted no es el asesino de Lisa Celdron, pero váyase de aquí. Lárguese de la ciudad, ¿me ha oído?

—Estaré más tiempo del que a usted le interesa, Timman —sonrió el joven con despreocupación—. ¿Sabe que es mucho peor *sheriff* de lo que me imaginaba?

—¿Qué es lo que quiere usted?

Buck se sentó en un ángulo de la mesa y levantó el pie izquierdo. Asíó el tacón del zapato con una mano y lo hizo girar.

Timman y Moldaw le contemplaron con aire atónito. El tacón estaba hueco.

—¿Tiene ahí una lupa? —pidió Buck.

Timman obedeció en silencio. Buck despegó del interior del cajón un trocito de celuloide poco mayor que el fotograma de un film y se lo

entregó al estupefacto *sheriff*.

—Véalo a través de su lupa —siguió el muchacho—. Y dese cuenta de que ha estado entorpeciendo la labor del Tío Sam.

—Un agente del Gobierno —murmuró Timman desmayadamente.

Buck recuperó el documento y lo volvió al mismo sitio.

—Así es; y oficialmente les ordeno guardar silencio acerca de mi verdadera identidad. Si dicen una sola palabra, Washington en peso se les caerá encima, ¿han comprendido?

Timman apenas si podía hablar.

—Pero... ¿qué tiene que ver esto con la muerte de Lisa Celdron?

—Es precisamente lo que trato de averiguar —contestó el joven—. En un principio, la muerte de esa pobre chica no estaba relacionada con el asunto que me trajo aquí, pero luego las cosas se han complicado y quiero desenredarlas.

Se puso en pie, sin soltar el cigarro de los dientes.

—Si necesito su ayuda, ya la pediré. ¡Y pobres de ustedes si me la niegan! —amenazó.

Caminó hacia la puerta. Con toda cortesía, añadió:

—Por supuesto, el señor Edder está incluido también en la lista de personas que deben ignorar mi verdadera identidad —concluyó.

CAPÍTULO X

Buck Yarl y Zina llegaron a la parte posterior de la casa que había sido de Lisa Celdron.

Era un edificio de una sola planta, tejado casi plano y grandes ventanales, construido con cierto lujo y no mal gusto. Estaba rodeado de un pequeño jardín, enmarcado por una valla baja de tablas puntiagudas, pintadas de blanco.

Buck salvó la tapia. Zina fue a hacerlo, pero se dio cuenta de que la falda estrecha embarazaba sus movimientos.

—Debí haberme puesto pantalones —se quejó.

Intentó remangarse la falda, pero Buck alargó los brazos.

—Yo la pasaré —dijo.

Zina se dejó levantar a pulso y notó la poco corriente fuerza muscular de los brazos del joven.

—Sus estudios por correspondencia dan buen resultado —comentó alegremente.

—No lo sabe bien —contestó él, sin soltarla del todo.

Les dos cuerpos estaban muy juntos. Buck besó a la chica.

—Eh —protestó ella—, no se aproveche de la ocasión.

—Solo me cobraba el importe del trabajo de pasarla al interior del jardín.

Aún estaban enlazados. Zina sonrió.

—¿También le enseñan por correspondencia a abrazar a las chicas en la oscuridad?

—Eso se aprende instintivamente. Uno sabe cuándo puede hacerlo y cuándo no, Zina.

—¿Y si yo le hubiese dado una bofetada?

—Significaría que tendría que aprender de nuevo.

Ella sonrió suavemente. Sin hacer fuerza, se soltó del abrazo.

—Dejémonos de galanteos —dijo, más turbada de lo que le habría gustado.

—Claro. Ya habrá tiempo más adelante.

Atravesaron el jardín y llegaron a la puerta trasera.

Estaba cerrada con llave. Buck no se arredró por ello.

Hurgó en sus bolsillos y sacó un lápiz metálico, parte del cual estiró unos cinco centímetros, haciendo salir un trozo de forma plana y algo curva.

Era una ganzúa.

Zina le observó llena de admiración y extrañeza. ¿Qué era en realidad aquel muchacho?

Peleaba como un profesional y parecía poseer una inteligencia privilegiada. No sabía siquiera en qué trabajaba, pero empezó a sospechar que era algo más que un ciudadano común y corriente, que había llegado a Grover en circunstancias extraordinarias.

El paso quedó franqueado. Buck dio la vuelta al lápiz y éste quedó transformado en una minúscula linterna.

—¿Estuvo alguna vez en casa de Zina? —preguntó él en voz baja.

—Sí, varias.

—¿Eran amigas?

—Lo corriente, sin especial intimidad.

—En su opinión, si ella poseía alguna cosa secreta que pudiera perjudicar a Edder, ¿dónde podía guardarla?

Zina reflexionó unos momentos.

—Hay aquí un pequeño salón con biblioteca y escritorio —contestó al cabo.

—Vamos a ver.

Cruzaron la cocina y salieron a una especie de pasillo ancho, al cual daban todas las habitaciones de la casa. Zina vaciló unos momentos y acabó dirigiéndose a una puerta.

—Aquí es —dijo.

Abrió la puerta. Buck paseó él haz de rayos luminosos por la estancia.

—Corra bien las cortinas —dijo.

Ella obedeció. Entonces, Buck encendió la luz.

Paseó la vista por la estancia. Había en uno de sus lados un escritorio de persiana y en el opuesto una estantería con libros. Los sillones de orejeras completaban la decoración, aparte de algunos cuadros por las paredes.

Buck abrió el escritorio y lo registró minuciosamente.

—Aquí no veo nada de importancia —dijo.

—¿Detrás de los cuadros? —sugirió Zina.

—Podemos mirar, pero me imagino que Lisa fue más lista que todo eso.

Empezaron a dar vuelta a los cuadros, despegando incluso el cartón posterior protector. Luego, Buck puso las manos sobre las caderas y miró desalentadamente en torno suyo.

—Como no miremos los libros uno por uno... —musitó.

—Hay unos quinientos —dijo Zina.

—¿Era Lisa aficionada a la lectura?

—Bueno, la mayoría de esas ediciones tienen una bonita encuadernación. Eso siempre hace muy decorativo.

—Desde luego.

Buck tomó un par de libros al azar y los hojeó sin demasiado entusiasmo.

—Guardar un documento entre las hojas de un libro no es conveniente. Si registrásemos uno por uno, acabaríamos encontrándolo... lo que quiere decir que Lisa no guardó nada en la biblioteca.

—¿En dónde, entonces, Buck?

—En el azucarero —sonrió él.

—No sea bromista. Tiene que haber algún escondite.

—Pues como no arrasemos la casa hasta los cimientos...

—¿Por qué no vemos el dormitorio?

—Bien, eso no cuesta nada. Vamos allá.

Apagaron la luz al salir. Para registrar el dormitorio, realizaron la operación previa de correr las cortinas.

En las ropas de Lisa no encontraron nada que pudiera proporcionarles el menor indicio. Sin embargo, en el armario ropero, al fondo, Buck encontró un viejo retrato de unos recién casados.

—Deben ser sus padres el día de la boda —dijo.

Zina examinó la fotografía por encima de su hombro.

—Es la primera vez que los conozco —dijo—. Ella no habló nunca de sus padres.

Buck desarmó el retrato y examinó la cartulina por detrás, sin encontrar otra cosa que el nombre de una ciudad y una fecha. La ciudad era Baltimore y la fecha correspondía a veinticinco años atrás.

—¿Cuántos años tenía Lisa en el momento de morir?

—Los mismos que yo, veinticuatro.

Buck examinó pensativamente la fotografía.

—¿Llevaba mucho tiempo residiendo en Grover?

—Tres años, más o menos.

—¿Vino de Baltimore?

—No lo sé, Buck. Era muy reservada con sus cosas.

Buck armó de nuevo el retrato y lo dejó donde estaba.

—Es una lástima que no tenga el sello del fotógrafo. Por sus archivos, podríamos enterarnos de algo muy interesante.

—Es raro. ¿Por qué no hay sello del fotógrafo? Todos estos retratos lo tienen en el dorso, ¿no le parece?

—Tal vez sea una simple reproducción de la original, hecha por un aficionado —opinó Buck.

—Es lo más probable —convino Zina. Exhaló un suspiro que distendió

su bien contorneado busto—. ¿Y hemos de resignarnos a no encontrar nada?

Buck miró en torno suyo.

—La casa es moderna —dijo—. No hay viejos rincones, con escondites secretos o cosa por el estilo. A menos que no examinemos los libros uno por uno...

—O el tarro del azúcar —bromeó ella.

—No. Lo que haya, si es que lo hay, tiene que estar aquí, en el dormitorio o, todo lo más, en el saloncito. Tal vez lo tenemos delante de las narices y no sabemos verlo.

Zina se sintió muy preocupada de repente.

—Lo que no entiendo es qué podía ser para preocupar tanto a Edder, Buck.

—Si Lisa viviera, nos lo diría.

—No. Nunca habló del particular con ninguna persona de Grover. Era muy reservada.

Buck concibió de repente una idea.

—¿Y si el asesino la mató para apoderarse de esos documentos y tener así sujeto a Edder?

—Buck —exclamó la chica—, recuerde lo que Lisa sufrió antes de morir.

—Es verdad. Su muerte, en este asunto, es algo incidental.

—La chispa que ha provocado la explosión del polvorín.

—Exactamente, Zina.

Sobrevino un momento de silencio. Buck fue el primero en hablar.

—Zina, ¿tenía Lisa muchas amistades? —preguntó...

—¿Masculinas?

—Por supuesto, ya que fue un hombre el que la mató.

—No. Que yo recuerde, su más asiduo pretendiente era Bernie Carr. El doctor Sandery también bebía los vientos por ella. Luego había un par de muchachos más pero no creo que haya sido ninguno...

—¿Sandery, ha dicho? —se extrañó Buck.

—Sí. Es soltero... y todavía no ha cumplido los cuarenta años. Físicamente está bastante bien, tiene buenos ingresos... hubiera resultado un excelente esposo para Lisa, como para cualquier muchacha de Grover.

—De eso es usted mejor juez que nadie —sonrió el joven—. Bien, hablaremos con ambos; quizá puedan darnos algún detalle que nos ayude a descubrir al asesino. Sin embargo —suspiró—, nos interesa tanto o más conocer el secreto que ella ocultaba tan celosamente.

—No parece que otra persona lo haya hallado. En tal caso, Edder estaría sufriendo ya las consecuencias.

—Sí, pero aunque fuese así, no lo sabríamos tampoco. Lo hemos adivinado y Edder ha venido a confirmarlo, aunque indirectamente, pero

no lo hemos sabido de una forma directa.

—Entonces, ¿qué hacemos, Buck?

—Marcharnos, Zina. Ya veremos lo que pasa cuando...

El joven se calló de pronto. Corrió hacia la entrada y apagó las luces del dormitorio.

—Silencio, Zina —murmuró—. Alguien acaba de entrar en la casa.

CAPÍTULO XI

El intruso tropezó con una silla y la derribó.

Sonó una apagada maldición, que llegó hasta los oídos de los dos jóvenes, a través de la ranura de la puerta que Buck había entreabierto.

—Está en la cocina —susurró Zina.

Buck asintió en silencio. Ya tenía el revólver en la mano.

El intruso no quería encender ninguna luz. Buck oyó que se abría la puerta interior de la cocina y vio una elevada silueta que aparecía en el pasillo.

Abrió la puerta de golpe y salió al corredor pistola en mano.

—¡Quieto, Edder! —intimó.

El sujeto se sobresaltó terriblemente.

Buck avanzó hacia él.

—Zina —dijo por encima del hombro—, encienda la luz.

—Sí, Buck.

El intruso se había detenido a un paso de la puerta de la cocina. De repente, dio un salto lateral y desapareció de la vista de Buck.

—¡Alto! —gritó el muchacho, lanzándose en su persecución.

Llegó a la puerta y vio la silueta del desconocido, que ya se hallaba en la puerta exterior. Súbitamente, brilló un relámpago y se oyó una sonora detonación.

La bala chocó contra la jamba de la puerta en que se hallaba Buck. Este devolvió el fuego y disparó tres veces seguidas.

Tiró bajo, a las piernas; en modo alguno quería matar al desconocido, sino solamente herirlo. Pero no había luz y sus balas no encontraron el blanco apetecido.

El hombre huyó a través del jardín. Buck corrió tras él.

Llegó a la puerta de la cocina. Varios relámpagos brillaron junto a la valla.

Buck se tendió en el suelo y terminó de descargar el revólver. Detrás de él, oía los gritos de Zina.

El desconocido consiguió huir. Segundos más tarde, Buck escuchó el ruido del motor de un automóvil que se alejaba a toda velocidad.

—¡Buck! —gritó la muchacha con voz alarmada.

—Estoy aquí —respondió él.

Zina encendió la luz de la cocina. Su rostro aparecía blanco como la nieve.

—¿Le ha herido?

Buck emitió una amarga sonrisa.

—Temo que ha sido lo que se llama una escaramuza sin importancia —contestó—. Un simple intercambio de disparos, sin resultado práctico.

Algunas ventanas de la vecindad se habían encendido. Las detonaciones habían alarmado a los durmientes.

Se oyó el clamor de una sirena.

—Ahí viene el buen Timman —dijo Buck—. Salgamos a su encuentro.

Rodearon la casa. El coche del policía se detuvo frente al jardín segundos después.

Timman y Moldaw se apearon del coche, pistola en mano.

—¡Quietos! —gritó el *sheriff* truculentamente—. Arriba las mano todo el mundo!

—No se moleste, señor Timman —dijo el muchacho—. Somos Zina Hawsey y yo.

El *sheriff* se le acercó, mirándole recelosamente.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió—. ¿Contra quién disparó?

—Contra uno que quería agujerearme el pellejo —sonrió Buck.

Timman les miró a ambos alternativamente.

—Esta es la casa de Lisa Celdron. ¿Qué hacían aquí?

—Algo que debiera haber hecho usted —replicó Zina agudamente—. Buscar el rastro del asesino.

—Pero no hemos encontrado nada, así que nos marchamos —añadió Buck, agarrando el brazo de la chica—. Vámonos, Zina.

Pasaron por delante de los dos hombres y se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

—¿Era Edder de veras? —preguntó ella, al cabo de unos momentos.

—Bueno, tenía su estatura, su corpulencia... y él es el más interesado en que no aparezcan esos papeles que tanto le comprometen.

—Suponiendo que se trate de unos papeles, Buck.

—¿Qué otra cosa podría ser, si no? —contestó él.

—Tal vez algo que sólo Lisa sabía y que no tenía ni escrito siquiera.

—Lo guardaba en su cerebro.

—Exactamente.

Buck calló. Sentíase desconcertado.

—Pero si no había nada escrito, ella no hubiese podido demostrar sus imputaciones, caso de que Edder se hubiera negado a plegarse a sus deseos —alegó al cabo de unos segundos.

—¿Y si era algo que se podía demostrar sin necesidad de documentos escritos?

—Expóngame un ejemplo, porque no encuentro nada que pueda servir para el caso.

—Lo siento. —Zina se mordió los labios—. No se me ocurre nada, Buck. De pronto, exclamó:

—Ah, ahí está la casa del doctor Sandery. ¿Vamos a verle?

—Inmediatamente.

Cruzaron la calle y llamaron a la puerta. Sandery abrió momentos más tarde.

Buck observó que tenía el rostro congestionado y los ojos inyectados en sangre. Sandery estaba sin chaqueta y en la pechera de su camisa aparecían algunas manchas de inconfundible significado.

—Doctor —dijo el muchacho—, el alcohol es un mal remedio para las penas de amor.

Sandery le dirigió una mirada de desagrado.

—¿Qué diablos le importa eso a usted? —gruñó.

Su aliento olía a licor, lo cual confirmó las palabras del muchacho.

—Nos importa a ambos —terció Zina—. ¿Podemos pasar?

Sandery dudó unos momentos, pero acabó echándose a un lado.

—Entren —dijo parcamente.

Buck permitió que Zina pasara primero. Por encima de los rubios cabellos de la chica, vio a Sandery que se dirigía hacia un aparador, en el que había una botella a medio vaciar y un vaso.

—¿Quieren beber? —preguntó.

—No, gracias, doctor —rechazó Buck—. Solo deseamos hacerle ciertas preguntas en relación con la muerte de Lisa Celdron.

—Adelante —gruñó el médico.

Buck sacó cigarrillos, mientras Sandery llenaba un vaso y se lo llevaba a los labios.

—Usted pretendía a Lisa —dijo el muchacho.

Sandery inspiró con fuerza.

—Parecía una buena muchacha. Me gustaba para esposa.

—Y ella, ¿qué opinión tenía de usted?

—Resultó fría, cruel, despiadada. Cuando le propuse matrimonio, se rió de mí.

—¿Le parecía poco un médico de pueblo?

Sandery movió la cabeza pesadamente.

—Sí —concordó.

—Eso significa que tal vez tenía planes de mayor altura, dicho sea sin ánimo de ofenderle.

—Eso pude deducir.

—¿No le dijo ella nada de sus planes?

—No, salvo que no pensaba seguir aquí por mucho tiempo más.

—¿A dónde pensaba irse?

—No lo sé. No lo dijo. Pero confiaba en obtener una gran fortuna.

Buck y Zina cambiaron una rápida mirada.

—¿De Edder? —preguntó Buck.

—No me lo dijo —contestó Sandery con acento obstinado.

—Pero usted supone que era Edder quien debía proporcionarle el dinero.

Sandery se sirvió otro vaso. Buck avanzó hacia él y se lo quitó, antes de que pudiera acercarlo a los labios.

—No beba más, doctor —dijo en tono de reproche— Eso no resolverá su fracaso sentimental.

Sandery le miró con ira.

—¿A quién diablos le importa mi fracaso? —exclamó abruptamente—. Si ella hubiese sido de otra manera habríamos sido felices y... un canalla y un miserable la mató, después de... de...

El médico se ahogaba de rabia.

—Si le tuviese delante, le haría sufrir la misma muerte que él hizo sufrir a Lisa.

—Cuando descubramos al asesino, la justicia se encargará de él.

—¡Justicia! —rió Sandery agriamente—. Edder se encargará de hacer que las cosas aparezcan a su modo.

—¿Es que fue Edder quien la mató?

Sandery movió la cabeza.

—No me extrañaría nada.

—¿Lo dice usted por la señal del anillo que apareció en la garganta de Lisa?

—Sí.

—Bernie Carr —intervino Zina— también lleva un anillo con el escudo de la Universidad en que cursó su estudios. ¿No pudo ser él?

Sandery se volvió hacia la muchacha.

—Tengo las pruebas de la identidad del asesino Lisa —declaró sorprendentemente—. Pero este es un asunto que resolveré yo a mi manera.

—¿Cómo? ¿Lo conoce usted? —gritó Buck.

—Sí.

—¿Por qué no lo dijo antes, hombre de Dios?

Sandery indicó la botella con el dedo.

—No bebía para olvidar a Lisa, sino para reunir valor e ir en busca del asesino.

—Deje que sea la ley quien se encargue de él —advirtió el joven severamente—. La forma en que murió Lisa no inspirará clemencia al jurado, puede estar seguro de ello.

—¿Y quién me garantiza que Edder no sobornará a los doce hombres que compongan ese jurado? ¿No tiene metido a Wilson en el bolsillo... como intentó hacer conmigo? ¡Que se vaya al diablo y se lleve su maldita casa!

—Será mejor que no se excite —aconsejó Zina—. Díganos el nombre del asesino, doctor.

Sandery miró a los dos jóvenes alternativamente.

—Le aseguro que Edder no podrá luchar contra sus pruebas, si existen en realidad.

—Existen —afirmó el galeno—. Son fotografías de la garganta de Lisa que yo tomé directamente.

—¿Dónde están? —preguntó Buck ávidamente.

—No se tome la justicia por la mano —rogó Zina—. Edder... o quien haya sido, pagarán con su vida ese horrible asesinato.

Sobrevino un momento de silencio. Sandery dudaba.

Buck dejó que el médico reflexionase. Era un problema que el propio Sandery debía resolver por sí mismo.

—Está bien —dijo pesadamente el galeno, después de casi un minuto de estar callado—. Traeré las fotografías. Están en mi laboratorio.

Se puso en pie.

—Pero antes...

Cogió el vaso de nuevo y se lo llevó a los labios, vaciándolo de un golpe.

—Esperen aquí —dijo, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

Sandery se alejó con paso no muy seguro y desapareció por la puerta del fondo.

Zinc y Buck se miraron.

—¿Quién lo iba a decir? —musitó ella—. La muerte de Lisa le ha destrozado moralmente.

—Y, sin embargo, supo mantenerse impasible en los primeros momentos.

—Eso es algo que no me explico, Buck.

—A mí me parece que Sandery es un hombre de carácter débil —comentó él—. Seguramente ha estado haciendo acopio de valor para llegar a esta situación, pero aún no se atrevía a actuar.

—Temía a Edder y sus esbirros.

—Seguramente. De momento, pudo mantenerse impasible sin demostrar sus verdaderos sentimientos, pero luego, la ira, la rabia y la frustración se han ido apoderando de su ánimo y...

Buck se interrumpió de repente. La voz de Sandery llegó desde el otro lado de la casa.

—¿Qué hace usted aquí?

Buck dio un paso hacia adelante. Acababa de percibir una nota de

cólera en la exclamación del médico.

Bruscamente sonó una explosión, seguida de otras dos, muy rápidas. Casi en el acto se oyó el ruido de un cuerpo al caer al suelo.

—¡Dios mío! —exclamó la chica—. ¡Lo han matado!

Buck sacó el revólver y se lanzó hacia adelante. Cuando atravesaba la puerta oyó ruido de vidrios rotos.

—¡Cuidado, Buck! —chilló Zina.

CAPÍTULO XII

Solo en el último instante, cuando ya hubiera resultado tarde, Buck se dio cuenta de que el revólver estaba aún descargado.

Cruzó una estancia, sin fijarse en lo que había dentro. De pronto, observó un resplandor anaranjado de gran intensidad.

Llegó al laboratorio de Sandery, que aparecía casi invadido por las llamas. El cuerpo del médico yacía en el suelo, con el pecho totalmente ensangrentado.

Buck se fijó en la puerta posterior, cuyos cristales aparecían rotos. Pero, casi en el acto, una furiosa barrera de llamas le cerró el paso.

Comprendió lo que había sucedido. El asesino había ido a la casa con ánimo de prenderle fuego. Sandery lo había sorprendido y el criminal, para no ser descubierto, le había disparado tres balazos a quemarropa.

Era evidente que se había utilizado, por lo menos, todo el contenido de una lata de petróleo, lo cual, unido a las materias inflamables del laboratorio, hacía que resultase imposible extinguir el incendio por medios ordinarios.

Solo podía hacer una cosa. Agarró el cuerpo de Sandery por las muñecas y tiró de él hacia las habitaciones anteriores.

—Tenemos que salir de aquí, Zina. La casa arderá en pompa antes de cinco minutos.

Sonó una explosión apagada. Un frasco había estallado y su contenido incrementó las llamas.

Sin dejar de arrastrar el cuerpo de Sandery, Buck llegó a la sala. Zina estaba a punto de desmayarse.

En la calle se oían gritos. Algún vecino emprendedor golpeaba un triángulo de hierro con una barra del mismo metal, a fin de dar la alarma contra incendios.

—¡Abra la puerta, Zina!

La muchacha se sobrepuso a la impresión recibida y obedeció. Buck consiguió salir al jardín delantero.

El coche de Timman se detuvo ante el edificio. A lo lejos, se oía la

sirena de los bomberos.

Timman corrió hacia ellos dos.

—¡Rayos! ¡Es el médico! —juró.

—¿Quién lo ha matado? —preguntó Moldaw un tanto ingenuamente.

Buck miró a los dos hombres con fijeza, durante algunos segundos.

—Si en lugar de detener al primer sospechoso que acertó a pasar por Grover, se hubiesen preocupado de buscar al verdadero asesino, es posible que Sandery estuviese aún con vida —contestó con acento acusatorio.

Timman y Moldaw sabían que el joven tenía razón y no tuvieron fuerzas para contestar a sus reproches...

El camión de los bomberos se detuvo en aquel momento frente a la casa. Los bomberos saltaron, y empezaron a desenrollar las mangueras.

El fuego devoraba ya toda la parte posterior del edificio. Sombríamente, Buck dijo:

—El asesino consiguió lo que deseaba. Se llevó o destruyó las fotografías que le acusaban, el incendio quemará los negativos y Sandery tiene los labios sellados para siempre. ¡Una buena jornada, para él, evidentemente! —concluyó con amargura.

* * *

Zina llenó las dos tazas y entregó una a Buck.

—¿Azúcar? —preguntó.

—Un terrón, por favor —contestó el muchacho.

Hallábanse en la cocina de la casa de Zina. Buck tomó unos sorbos de café, mientras ella se sentaba al otro lado de la mesa.

—Estoy empezando a sentirme harta de Grover, Buck —declaró Zina de pronto.

—Venda el periódico y salga de la ciudad para siempre —aconsejó él.

—¿Y a dónde iré? Vivo sola en Grover y...

—¿No tiene padres?

—Sí, pero residen en Atlanta. El posee allí un pequeño pero productivo negocio, que les permite vivir con desahogo.

—Entonces, ¿cómo no está con ellos?

Zina sonrió.

—El “Courier” era de mi tío, el hermano de mi madre. Sentíase cansado ya y pensó en venderlo. Yo quería independizarme, pedí un préstamo a mi padre, el Banco me prestó también otra cantidad... y aquí estoy.

—¿Ha cancelado los préstamos?

—Sí.

—Entonces, no le debe nada a nadie. Váyase de Grover. Quizá a su padre le agradaría que le ayudase en el negocio.

—Veremos —contestó Zina ambiguamente—. Parecería que he fracasado.

—Guarde su orgullo. Si se siente harta de Grover, lo mejor que puede hacer es liar el petate y largarse.

Zina asintió.

—¿Más café, Buck?

El joven apartó la taza y sacó cigarrillos.

—No, gracias.

Hubo un momento de silencio.

—Buck —dijo ella de pronto—, ¿quién es el asesino?

—Sandery dijo que podía probarlo. También nosotros podemos hacerlo.

—¿Cómo, Buck?

—Exhumando el cadáver de Lisa. No habrá otro remedio.

Zina se estremeció.

—Es cierto —dijo—. El asesino destruyó las fotografías... pero no hace tanto tiempo que ella ha muerto. La señal de su anillo estará aún impresa en su garganta.

—Lo cual significa que tendremos que obligar a Timman que pida un mandamiento de exhumación al juez Wilson.

—¿Y si se niega?

—Oblíguele usted a acceder a la petición de Timman.

—¿Cómo?

—Lance un número especial y diga lo que sabe. Pregunte públicamente por qué el juez Wilson se niega a la búsqueda de pruebas que puedan delatar al asesino. La opinión pública le forzará a acceder a la petición del *sheriff*.

Ella meditó unos momentos.

—Mañana por la mañana —decidió—. ¿Vendrá conmigo?

—Sí.

En aquel momento llamaron a la puerta. Buck saco el revólver.

Timman le había proporcionado cartuchos de repuesto. Ahora volvía a estar armado.

Zina le miró aprensivamente.

—Yo abriré —dijo él.

Se puso en pie y pasó a la oficina. A través de los cristales divisó la silueta de un hombre.

Abrió la puerta. El sujeto le resultó desconocido.

—¡Bernie! —exclamó Zina a sus espaldas.

Era un muchacho de veinticinco años, alto, atlético de buena estampa. Buck pensó que su corpulencia correspondía muy bien con la del sujeto que le había tiroteado en casa de Lisa Celdron.

—Hola, Zina —saludó Bernie Carr desmayadamente—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Entra.

El joven cruzó el umbral.

—Usted es el tipo a quién acusaban de la muerte de la pobre Lisa —dijo, mirando a Buck.

—Sí, pero no uso anillos en las manos, como usted —replicó Buck agudamente.

Carr levantó mano izquierda. Un pesado anillo dorado centelleaba en el dedo correspondiente.

—¿En qué lado de la garganta de Lisa aparecían las señales del anillo? —preguntó.

Buck parpadeó.

—Diablos —murmuró.

Hizo un esfuerzo de memoria.

—En el lado izquierdo —dijo al cabo.

—Lo cual corresponde a una mano derecha —afirmó Carr—. Si hubiese sido yo, la marca estaría en el lado derecho.

—¡Es cierto! —exclamó Zina con vehemencia—. Bernie no ha sido.

Buck cogió la mano derecha del recién llegado.

—No, no me he cambiado el anillo desde la muerte de Lisa —sonrió Carr—. Al contrario, hubiese dado la vida por ella muy gustosamente.

—La amabas, ¿verdad? —dijo Zina.

—Sí. Con toda el alma.

—Ella parecía apreciarte, pero no acababa de aceptar tus proposiciones, Bernie. ¿Por qué?

Carr meneó la cabeza.

—Quería marcharse de Grover. Y yo me hubiese ido con ella sí...

—¿Si qué, Bernie? —preguntó Buck.

—Tengo una buena posición, pero ella quería más. Era ambiciosa e impaciente.

—Cruel y sin escrúpulos.

—¡Eso no...!

—Eso es lo que dijo Sandery momentos antes de morir —le atajó Zina—. Te habrás enterado de su muerte, supongo.

Carr asintió.

—Sí, por eso he venido. Me enteré de que un detective particular investiga el asunto y quería que se me dejase fuera del mismo. Lo cual no significa que no deseo con todo el corazón que se encuentre al asesino. ¡Pero no me lo digan hasta que esté tras los barrotes de su celda! —exclamó el muchacho crispadamente.

Zina miró a Buck.

—Conque detective privado, ¿eh? —dijo.

—Algo por el estilo —contestó Buck, fingiendo modestia—. Pero no vine a Grover por la muerte de Lisa.

Bernie volvió a sacudir la cabeza.

—Me voy —manifestó—. ¿Tienen algo más que decirme?

—No, nada, Bernie. Lo sentimos por ti —dijo Zina con simpatía.

—Si Lisa hubiese tenido un poco más de paciencia... Habríamos sido felices, créanme.

—No lo dudo, Bernie —sonrió Buck.

Carr se dirigió a la puerta.

—Y ella, además, sabía que a mí no me importaba nada lo... lo suyo.

Zina abrió mucho los ojos.

—¿Qué era lo que no te importaba, Bernie? —preguntó.

Carr resultó ahora el sorprendido.

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabes? Tú fuiste bastante amiga de ella, ¿verdad?

—Hasta cierto punto solamente, Bernie. Todavía me quedan muchas cosas por saber de la pobre Lisa.

—¿De qué se trata? —inquirió Buck.

—Lisa tenía sangre negra —manifestó Carr sorprendentemente.

CAPÍTULO XIII

Después de haberse marchado Bernie Carr, Buck y Zina permanecieron todavía callados durante algunos momentos.

—Nunca hubiera podido sospechar de Lisa una cosa semejante —dijo ella al cabo.

—Pero, ¿cómo podía suceder que ella tuviese sangre negra? Era rubia...

—Teñida, Buck. Sus ojos eran de color marrón, pero el pelo era castaño muy oscuro, casi negro.

—Era una negra blanca.

—Justamente. Y usted sabe lo que, desdichadamente, significa todavía una cosa así en el Sur.

—Sí —convino Buck pensativamente—. Aún no se han destruido las barreras de la raza. Pero, entonces, ¿por qué se lo dijo a Bernie? Se perjudicaba a sí misma, ¿no cree?

Zina se mordió los labios.

—Eso puede tener dos explicaciones, Buck.

—Hable —rogó él.

—Una, no era cierto y quiso espantar a Buck con una supuesta fábula acerca de su ascendencia de color.

—Posiblemente. ¿Y la otra explicación?

—Confiaba en él y quiso ver cómo reaccionaba al enterarse de la verdad de su origen racial.

—También puede ser cierto. Pero, ¿tiene esto algo que ver con su muerte?

—Su muerte está relacionada con el secreto de Edder, Buck.

El joven encendió un cigarrillo.

—Es una lástima que la fotografía no tenga el sello del autor. Aun habiendo pasado veinticinco años, la policía de Baltimore podría averiguar algo al respecto.

—Entonces, ¿por qué no vamos y nos apoderamos de esa fotografía? No creo que a nadie pudiera importarle que nos la llevásemos.

Buck se puso en pie.

—Es una buena idea —concordó—. La verdad es que debimos haberlo hecho antes.

Salieron de la casa y caminaron a pie. Ya empezaba a amanecer.

Momentos más tarde se hallaban ante la casa de Lisa Celdron. Esta vez Buck no tuvo la menor dificultad en abrir.

La puerta seguía abierta. Cruzaron la cocina y llegaron al dormitorio de la muerta.

Buck abrió el armario ropero y sacó la fotografía. Zina miró por encima de su hombro.

—Ciertamente —dijo ella—, no se advierten en su padre rastro de ascendencia de color.

—Tal vez solo poseía un octavo de sangre negra —opinó Buck.

—Y la herencia blanca dominaba en él, lo mismo que herencia de color pudo predominar, por ejemplo, en alguno de sus hermanos.

—Exactamente. —De pronto, Buck, exclamó—: Zina, ¿no le parece conocida esta cara?

La muchacha tomó la fotografía con ambas manos y la contempló atentamente durante algunos momentos.

—Sí, claro —contestó al cabo—, se parece a Lisa. Era su padre, recuérdelo.

—Bien, la verdad es que yo no conocí viva a Lisa y puedo apenas opinar. A mí me parece que la semejanza entre la madre y la hija es más acentuada.

—Es posible. Sí, casi parece una Lisa retratada hace veinticinco años. Pero él...

Buck recobró la fotografía y empezó a desarmarla, con el fin de dejar el marco, que era bastante ancho y de unos dos centímetros de grueso, en la casa.

—Me llevaré solo la cartulina —explicó.

Sacó la fotografía y se dispuso a dejar el marco en el armario. Entonces sonó una voz a sus espaldas.

—No se muevan o dispararé a matar.

Buck y Zina se quedaron rígidos durante unos instantes.

—¿Quién es usted? —preguntó el muchacho.

—Uno, ¿qué importa? —contestó el recién llegado con cínica risita—. De todas formas, ya nos hemos visto antes.

—Apostaría algo bueno a que es Jones.

—Ganó —rió el forajido burlonamente—. Vuélvase, entrometido. Usted, chica bonita, retroceda hasta el extremo opuesto de la habitación. Si piensa que no soy capaz de disparar contra una mujer, pruebe a desobedecer mi orden, preciosa.

—Usted es capaz de todo, menos de cualquier cosa, que lleve consigo el calificativo de decente —replicó Zina mordazmente.

Atravesó la habitación y se volvió. Buck estaba ya frente a Jones.

El joven tenía la cartulina en la mano derecha y el marco en la izquierda. Jones alargó su mano izquierda.

—Deme esa fotografía —ordenó.

Buck permaneció inmóvil.

—Venga a tomarla —le desafió.

Jones levantó el revólver.

—Se la quitaré a su cadáver —aseguró.

El joven comprendió que Jones no bromeaba. Pero también sabía que no actuaba por su cuenta.

—Le envió Edder, ¿no es así?

—Despreocúpese de mi jefe. La fotografía.

—¿Por qué no ha venido él?

—Me paga para hacer las cosas que a él le molestan. Y como me paga bien... —contestó Jones con sorna.

—No hay más que verlo. Bueno —suspiró Buck—, aquí está la fotografía.

Alargó la mano. Jones hizo lo mismo.

Cuando el rufián iba a coger la cartulina, Buck abrió los dedos y la fotografía cayó revoloteando al suelo.

Jones se echó a reír.

—Sospechaba que haría una cosa semejante. Es un truco muy gastado, amiguito. Doble el espinazo y recoja la fotografía. ¡Y no me haga perder más la paciencia! —concluyó con un mugido de cólera.

Buck se resignó.

—Es usted más listo de lo que parece —comentó simplemente.

Se inclinó y, alargando la mano, entregó la fotografía al individuo. Pero, en el último momento, intentó evitar los propósitos de Jones.

Aún tenía el marco en la mano izquierda. La movió con fuerza, golpeando el antebrazo del rufián.

Quería desarmarle. Si lograba eliminar la amenaza del revólver, Jones podía considerarse fuera de combate.

Pero el marco se partió con seco crujido. Jones lanzó una exclamación de rabia y, recobrándose, golpeó a Buck en un lado de la cabeza con la culata del revólver antes de que el muchacho pudiera aprestarse a la defensiva.

Zina gritó. Buck dejó escapar un gemido de dolor y cayó al suelo, aturdido, sintiendo un tremendo dolor en la parte afectada.

Jones retrocedió hasta la puerta.

—No intenten seguirme —dijo—. Y tenga en cuenta una cosa: ese entrometido recibió un golpe al caer. Yo nunca he estado en esta casa. Jamás entré en ella, y en estos momentos, me encuentro en el “E. Ranch”. El señor Edder y el señor Pyne atestiguarán que estaba con ellos. ¿Ha

comprendido?

Zina asintió. Satisfecho de sí mismo, Jones cerró la puerta y escapó a la carrera.

Zina se precipitó entonces sobre el muchacho.

—¡Buck!

Se arrodilló a su lado. Buck hacía esfuerzos por sentarse en aquel momento.

—Mi pobre cabeza —se lamentó.

Ella examinó el lugar donde había recibido el golpe.

—¡Qué bruto! —exclamó—. Le va a salir un chichón del tamaño de un huevo de paloma, Buck.

—Sí, eso creo... Por favor, busque una toalla y empápela de agua. Me sentará bien.

—Claro, Buck.

Zina se puso en pie y corrió al cuarto de baño.

Momentos después, regresaba con la toalla. Buck se la aplicó sobre el lugar afectado por el golpe.

—Esto alivia un poco —dijo, sonriendo desmayadamente.

—Siento lo que le ha ocurrido —manifestó ella.

—No se preocupe. Peor podría haber resultado. Lo único lamentable es que ese rufián se ha llevado la fotografía.

—Se la pediremos a Edder —declaró ella acaloradamente.

—Negará tenerla en su poder.

Zina se desanimó.

—¡Oh, Buck! ¿Qué haremos, entonces?

—No lo sé —replicó él, haciendo una mueca de dolor—. Jones lo dijo bien claro. Negará haber estado aquí y... ¿Qué es eso? —exclamó de repente.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Zina, extrañada.

Buck lanzó la toalla a un lado. Alargó la mano y recobró el marco de la fotografía.

—Se rompió cuando usted le pegó en el brazo —dijo ella.

—Sí, eso es lo que estoy viendo.

El marco era de madera fina y aparecía astillado por uno de sus costados. A través de la hendidura, Buck había visto algo que le llamó la atención.

Agarró el marco con ambas manos y terminó de partirlo, dándole un fuerte golpe contra su rodilla. La madera cedió con seco estallido.

Unos papeles aparecieron a la vista de los jóvenes. Zina lanzó una exclamación de asombro.

—¡Dios mío!

Y se sentó al lado de Buck.

El joven sacó los documentos. Desplegó uno de ellos y empezó a leer su

contenido. Zina lo hacía por encima de su hombro.

Al terminar la lectura, ambos se miraron.

—¿Quién lo hubiera creído? —murmuró él, atónito.

—Sí. Es verdaderamente sorprendente, pero...

Zina se estremeció.

—Buck, sería horrible que él hubiera sido...

Se interrumpió. No se atrevía a completar la frase.

Buck comprendió lo que pensaba la muchacha y meneó la cabeza.

—Él no fue, Zina —aseguró.

—Entonces, ¿quién, Buck?

—Espere un momento. Déjeme terminar la lectura de estos papeles.

Los restantes documentos consistían en unos papeles muy finos, tipo Biblia, y estaban llenos de escritura a máquina, en caracteres muy pequeños. Momentos después, aun sin terminar la lectura total, Buck sonreía satisfecho.

—Esto es precisamente lo que andaba buscando —dijo.

—¿De qué se trata, Buck? —preguntó ella, invadida por la curiosidad.

El muchacho se puso en pie.

—Vamos a buscar al *sheriff* —dijo—. Esta vez, le guste o no, tendrá que echarme una mano cuando me enfrente con Edder.

CAPÍTULO XIV

Mark Jones abrió la puerta. Su rostro era una pura máscara de impasibilidad cuando vio a las tres personas bajo el dintel de la entrada.

—El señor Edder no puede recibirles —dijo, a guisa de saludo. Está ocupado.

Buck alargó la mano y asió su nariz con dos dedos, presionando fuertemente, a la vez que movía el brazo a derecha e izquierda.

Jones aulló de dolor. Buck mantuvo la presión y cuando vio que el otro, enloquecido de rabia, Intentaba meter la mano en el interior de su chaqueta, soltó la nariz y le golpeó con el canto de su mano en la muñeca.

El rufián desistió de su empeño. Tranquilamente, Buck alargó la mano y le desposeyó de su revólver.

Se volvió hacia el *sheriff*.

—Timman, ¿tiene este tipo licencia para usar armas?

—No. Yo no se la concedí —contestó el aludido.

—El señor Edder... —empezó a decir Jones.

Buck señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Está arrestado por uso de armas sin permiso legal —dijo—. Métase en el coche del *sheriff* y espere allí. Le conviene hacerlo; es muy posible que si se porta bien, se libre con solo la expulsión de la ciudad. ¡Andando!

Algo vio Jones en los ojos del muchacho que le hizo obedecer sin rechistar. Buck esperó a que el batido rufián se hubiese introducido en el auto de Timman y entonces cruzó el umbral.

En aquel momento se oyó la voz del dueño de la casa.

—¡Mark! ¿Qué diablos...?

Edder salía en aquel instante de las habitaciones interiores de la casa. Al ver a sus tres visitantes, se detuvo en seco.

—¿Qué diablos hacen ustedes aquí? —preguntó acremente.

Buck avanzó dos pasos hacia él.

—El *sheriff* Timman me ha nombrado delegado suyo. He jurado el cargo en presencia de la señorita Hawsey —contestó—. Y, en suma, hemos venido a aclarar algunas cosas en las cuales está usted complicado más o

menos.

Los ojos del individuo brillaron de cólera.

—¡Mort! ¿Qué diablos está diciendo este estúpido?

Timman tragó saliva.

—E... es verdad, señor Edder —manifestó—. Él es... mi delegado y... y además...

—Agente del gobierno —sonrió Buck.

Edder respingó.

La noticia le hallaba desprevenido.

—En todo caso —dijo—, usted no tiene jurisdicción aquí.

—Se equivoca. En el caso presente sí la tengo. Precisamente por eso mismo vine a Grover.

Hubo un silencio. Edder parecía aturdido.

—Ciertamente —siguió el muchacho—, mi punto de destino no era Grover de una manera exacta. Tal vez hubiera pasado de largo de no haberme encontrado en el centro de un suceso hartamente desagradable, del cual se me intentó convertir en uno de sus protagonistas principales. Pero yo creo que, tarde o temprano, hubiese acabado viniendo a Grover.

—¿Qué os lo que trata de decir? —preguntó Edder con un gruñido.

—Espionaje.

Edder se sobresaltó terriblemente.

—Oiga, amigo —dijo, comprendiendo que Buck no mentía—, yo puedo tener muchos defectos, pero jamás me he metido en esa clase de asuntos.

—Usted no, pero Lisa Celdron sí, señor Edder.

Seth Pyne apareció de pronto, silenciosamente, deteniéndose a unos pasos de la entrada lateral. Buck fingió no haber reparado en él.

—Así que Lisa era una espía —dijo Edder.

—Un simple eslabón en la cadena —sonrió el muchacho—. ¿Recuerda usted el telegrama que Timman debía haber enviado a Edwards y que no cursó?

—No sé nada de eso...

—No mienta. Timman se lo enseñó y usted le prohibió que lo cursara. En Edwards hay una importante base aérea, donde se hacen toda clase de experimentos. De allí desaparecieron unos documentos muy importantes, los cuales ya he recuperado. Jones se llevó cierta fotografía, pero se dejó el marco. Los documentos estaban dentro del marco.

—A mí solo me interesaba la fotografía —gruñó Edder—. Lo admito. ¿Y qué más? —preguntó, desafiador.

Buck le miró intencionadamente.

—No le interesaba que la gente de Grover descubriese que usted tiene un octavo de sangre negra, ¿eh?

El rostro de Edder tenía un color tostado por el sol artificial que tomaba casi a diario. Al oír a Buck paso del tostado al ceniciento.

—Dominaba a Grover por el poder de su dinero y de sus esbirros, pero ni aun eso sería suficiente para permitirle continuar en la actual situación, si se hubiera sabido lo de su ascendencia coloreada —siguió Buck—. Hay una cosa que estas gentes no pueden tolerar, me refiero a los blancos, y usted sabe bien a qué me refiero. No comparto en absoluto semejantes prejuicios; me limito simplemente a exponerlos, ya que existen y es un hecho que no se puede ignorar —declaró Buck con el suficiente énfasis para que no hubiese la menor duda acerca de sus palabras.

Edder se desmoronó. Las piernas le fallaron y hubo de sentarse en una silla.

Implacable, Buck continuó:

—Lisa, lo sabía y por eso presionaba sobre usted. Le dijo que tenía una fotografía de su matrimonio y documentos que probaban su sangre mezclada. Usted trató de recobrarlos en una ocasión y cambiamos unos cuantos disparos, sin resultado, afortunadamente.

—Pero yo no la maté! —protestó Edder—. ¡Ni cometí con ella ese repugnante ultraje que...!

—No, usted no la mató. Sería horrible para usted enterarse de que era el asesino de su propia hija.

Edder alzó vivamente la cabeza.

—¿Qué es lo que está diciendo? —gritó.

Buck sacó un papel del bolsillo.

—Ramsay T. Edder, alias “Balt”, casó hace veinticinco años con Edna Celdron. Antes del año del matrimonio, sobrevino el divorcio de los cónyuges. Edder abandonó Baltimore —de ahí el alias, que usted ha llegado a convertir en nombre—, ignorando que su mujer esperaba... la cigüeña. A los siete meses de la separación, nació Lisa.

—Pero... pero ella... ¿por qué no me lo dijo? —balbució Edder—. Le hubiese dado... todo lo que me hubiera pedido, sin necesidad de que me extorsionase... ¿Por qué hacía una cosa semejante conmigo?

—Imagino que le odiaba por haber abandonado a su madre antes de nacer ella.

—Hubiese puesto el mundo a sus pies —gimió Edder.

—Ahora es tarde ya —contestó el muchacho fríamente—. Y no creo que Lisa hubiese aceptado ese mundo que usted habría puesto a sus pies, como dice. Quería hacerle padecer, sudar de miedo, pensando en que Grover podía enterarse de que estaba en manos de un individuo con sangre mezclada. Aparte de ello, y aunque esté hablar mal de una difunta, era digna hija suya. Sandery tenía razón: avariciosa, cruel y sin escrúpulos. Por eso se enredó en la cadena de espionaje.

Edder se puso en pie de un salto.

—¡Pero todavía no sabemos quién la asesinó! —exclamó descompuestamente—. ¡Mort, he estado pagándole mucho tiempo un

sueldo extra! ¿Por qué no busca al asesino?

—Ahora quiere encontrarlo, cuando en un principio le interesaba que pagase un inocente, ¿eh? —dijo Buck con sorna—. Y todo para que el caso se cerrase rápidamente y se suspendieran las investigaciones. Bonita manera de cambiar de opinión, ¿no le parece?

Edder le dirigió una mirada atravesada.

—Era mi hija y la ultrajaron —contestó.

—Sí, Lisa tuvo mala suerte, es preciso reconocerlo. Hubiese vivido, aunque habría pasado la mayor parte de su vida detrás de unas rejas.

—¡El asesino, el asesino! —gritó Edder.

—El hombre que mató a Lisa cometió una terrible imprudencia. Al darse cuenta de ello, se vio obligado a asesinar también a Sandery, temiendo que le delatase. La marca de su anillo, que lleva en la mano derecha, quedó impresa en la garganta de Lisa de un modo inconfundible.

Buck hizo una corta pausa.

—Supongo que el asesino se sentía particularmente atraído por los encantos de la muchacha. Ciertamente, no creo que tuviese nada que ver con el asunto de espionaje, pero la mató después de... Bien, el caso es que tras haber cometido su canallesca acción, se dio cuenta de que ella podía delatarle y, enloquecido, la estranguló. Sin embargo no había advertido que en la lucha el anillo había dado la vuelta en su dedo y el diamante que lleva quedó hacia adentro. La huella de la piedra es inconfundible.

Sobrevino un momento de intenso silencio.

Lentamente, los ojos de Edder se volvieron hacia su secretario.

—Fuiste tú —dijo en voz baja.

Pyne tenía el rostro blanco como el yeso.

—Deje que le explique, señor Edder... —pidió.

Bruscamente, el dueño de la casa saltó sobre él y le agarró por el cuello.

—¡Era mi hija! —aulló enloquecidamente—. ¡Y tú le inferiste la peor ofensa que se puede hacer a una mujer!

Pyne intentó defenderse. Era alto también, pero, pese a su juventud, sus fuerzas no podían compararse con las de Edder.

Las manos del dueño de la casa oprimieron la garganta del asesino con tremenda fuerza. El rostro de Pyne se puso amoratado.

Buck se arrojó sobre las espaldas de Edder, intentando hacerle soltar su presa.

—Suéltele. Le espera la horca... No se pierda por él...! —gritó.

Pero Edder no le hacía caso, Buck se dio cuenta de que la revelación le había trastornado por completo.

De pronto, sonaron tres disparos, muy rápidos y seguidos.

Las manos de Edder soltaron su presa. El potentado retrocedió un par de pasos.

—¡Oh, Dios! —gimió.

Pyne tenía un revólver humeante en la mano. Edder giró sobre sí mismo y se derrumbó al suelo de bruces, sin un solo movimiento más.

Pyne blandió el revólver. Quiso hablar, pero tenía la garganta terriblemente dolorida y solo consiguió emitir unos gruñidos animales.

Retrocedió, intentando escapar. Entonces, Timman sacó su revólver y empezó a disparar contra él, hasta que lo vio caer al suelo.

—Asunto zanjado —concluyó.

Buck meneó la cabeza. Zina corrió hacia él y le abrazó estrechamente, ocultando el rostro en su pecho, para no contemplar aquel horrible cuadro.

EPILOGO

Buck Yarl salió del periódico. Zina iba a su lado.

—Un buen reportaje, ¿eh? —comentó intrascendentemente.

—Sí —sonrió ella—. Pero preferiría que no hubiera pasado nada. Todo habría seguido igual...

—Era algo que debía suceder algún día, de un modo u otro, Zina.

La chica suspiró.

—Sí. Esta ciudad era una charca de aguas quietas y alguien lanzó un día una piedra. El fango del fondo se removió y salió a la superficie.

—Ahora se calmarán las aguas de nuevo. Todo volverá a ser como antes.

—Desde luego.

Buck se acercó al auto.

—Tienes que dejar Grover, Zina.

—¿He de vender el “Courier”?

—Véndelo.

—Y... ¿qué haré después, Buck?

El muchacho sonrió.

—¿Quieres que te lo diga?

—Confío plenamente en tu buen juicio, Buck.

—Me alegra mucho oírte hablar así, Zina.

De pronto, Buck la tomó en sus brazos y la besó fuertemente, sin importarle en absoluto las maliciosas miradas de los curiosos que había en la acera.

—Después que hayas vendido el periódico vendré a buscarte y nos iremos los dos juntos de Grover. ¿Qué te parece el programa, Zina?

Los ojos de la muchacha resplandecieron.

—Maravilloso, Buck —contestó.

Buck la besó de nuevo. Luego abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

Desde allí, dijo:

—Ten todo preparado para dentro de dos semanas, Zina. No pienso

esperar ni un día más.

—No esperarás, te lo aseguro —replicó ella.

Se llevó dos dedos a los labios y le echó un beso.

—Vuelve a buscarme, Buck —pidió.

—Vendré —afirmó él, poniendo el auto en marcha.

FIN

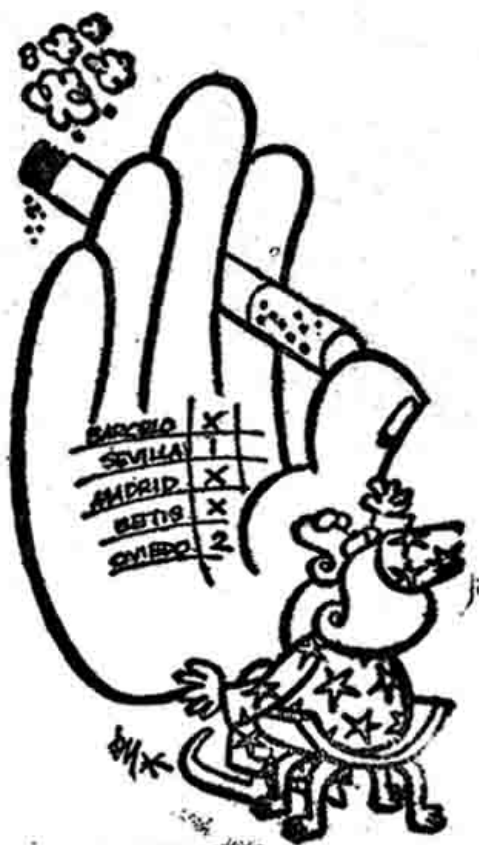
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**



TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS

QUE

ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranca de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundador 1827